

# Tutle fem / Lerotic

Adán Echeverría

COLECCIÓN EVOCACIONES / CUENTO

CULTURA *fam*



# Tutleferm / Lerotic

Adán Echeverría

*Tutlefem / Lerotic*  
© Adán Echeverría  
Primera Edición 2020

ISBN: 978-607-8452-56-9

*Gobierno del Estado de Tamaulipas*

Lic. Francisco García Cabeza de Vaca  
*Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas*

Lic. Sandra Luz García Guajardo  
*Directora General del  
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Derechos exclusivos de la presente edición  
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)  
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y  
C. Gaspar de la Garza N° 421, Zona Centro  
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C.P. 87000  
Tel. (834) 315 29 77

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

La respuesta a la convocatoria hecha a los escritores tamaulipecos para participar en las publicaciones del Programa Editorial Tamaulipas 2020, se plasma aquí con particular claridad y contundencia, características propias de la palabra elevada a la calidad de arte.

Diferencia sustantiva que distingue al ser humano de otros seres, es el uso de la palabra para compartir su sentimiento y la visión del mundo. Prueba clara de ello son los textos de quienes en esta colección hacen del lenguaje escrito fotografía de vidas y almas.

Este esfuerzo que llega a buen puerto conducido por el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, confirma la vocación de una sociedad por la cultura y expresión artística.

Asimismo, refrenda el compromiso y la convicción de un gobierno que entiende que el cambio de fondo tiene su esencia en la riqueza espiritual y el saber de las personas.

Esta colección literaria que ofrece el Gobierno del Estado de Tamaulipas busca no únicamente promover el extraordinario talento local, sino, además, estimular la lectura, forma superior de la civilización universal para adentrarse en el alma de los seres humanos y sus pueblos.

Fortalecer el interés por la lectura, fortalecerá el necesario proceso de cambio en el gobierno y la sociedad. Una persona que lee es una más capaz de escuchar, entender y debatir en la paz las ideas de los demás.

Enhorabuena, creadores tamaulipecos. Gracias por compartir en estas páginas su ser y hacer.

La lectura y el cambio están unidos en Tamaulipas.

**Lic. Francisco García Cabeza de Vaca**  
Gobernador del Estado



**E**l Gobierno del Estado de Tamaulipas, a través de Cultura Tamaulipas, tienen como uno de los ejes principales de la renovada Política Cultural, el fomento al libro y la lectura. Es así como desde el inicio de este sexenio se ha buscado propiciar los espacios para que las voces y los sueños de las y los escritores Tamaulipecos, por medio de la palabra escrita, puedan encontrar una vía para la publicación de sus obras.

Por ello, la labor editorial se vuelve fundamental para dar a conocer y al mismo tiempo salvaguardar la riqueza de nuestra tradición literaria. Los textos que conforman las distintas colecciones son un reflejo del momento en que las historias fueron concebidas, pero también conservan los ingredientes narrativos que las vuelven contemporáneas de todos los tiempos.

En definitiva, tocará al lector concluir este diálogo abierto con cada una y cada uno de los autores de estas obras, enriqueciendo desde su mirada la experiencia de la lectura y encontrando en ella, los rasgos afines que nos identifican como Tamaulipecos.

**Lic. Sandra Luz García Guajardo**  
Directora General de Cultura Tamaulipas



*A Larissa y Dante Andrés  
que me acompañan en este viaje.*



## PRÓLOGO

### **L'érotique Décadence**

*Tutlefer/Lerotic* no puede definirse sino con otra apropiación de un idioma extranjero, l'érotique décadence, the erotic decadence, pero jamás la decadencia erótica.

Los relatos que componen este oxímoron literario rayan entre lo anecdótico personal y la narrativa universal del personaje que todo lo ve y todo lo vive desde los sentidos hiper estimulados del narrador. Y no se malentienda, la palabra oxímoron empleada para definir esta colección de textos de Adán Echeverría no es para señalar una contradicción accidental, sino una calculada fórmula narrativa: lo coloquial se toca con lo exquisito y, juntos, logran un magnífico vals que se ejecuta con la ropa de diario, la del profesor, la del becario, la del artista; pero jamás la del acartonado Don Juan con corbata de moño y camisa almidonada.

Adán, nos muestra una ventana a un mundo cliché desde una nueva perspectiva, la suya. El mundo del escritor que del otro lado del teclado es un ser humano. El mundo del becario que paga los ritos de pasaje por pertenecer. El mundo del profesor que “padece” las desventajas del oficio. Adán es todo eso: escritor, pareja, profesor, artista, hijo, padre... todo aquello que nutre la experiencia y permite dejar constancia de haber vivido.

Y en todas las historias, omnipresente, la mujer. Tuttlefem, todas las mujeres. No solo las mujeres de su vida, sino las imaginadas, las vistas y las disfrutadas; las idílicas y las que no. Una *mujer todas las mujeres*, que vista desde el ojo del narrador hace esta mezcla perfecta de indulgencia pasivo-agresiva, precisamente la *décadence*; un exceso que es permitido, pero por el cual hay que pagar un precio, a veces por adelantado.

Un exceso que el artista, por sensibilidad, está condenado a cometer a pesar de conocer su justo peso. “No hay pedo, lo pago” dice el mexicano, y así Adán en cada texto: Adán, no seas regionalista. “Lo pago”. Adán, no seas autobiográfico. “Lo pago”. Adán, no caigas en lugares comunes. “Lo pago”... y es precisamente esta frescura, de nuevo, de *fresco* en el sentido más español de la palabra, lo que hace que los textos sean auténticos, y por lo mismo, originales.

Lerotic es decadente en el sentido más francés y el calco más norteamericano de la palabra, una indulgencia, un placer culposo, que a la vez nos lleva a la degradación

de la moral y de las buenas conciencias; pero tal y como comenzamos diciendo en este texto, jamás a la, cito con palabras del diccionario, “pérdida progresiva de la fuerza, intensidad, importancia o perfección de una cosa”, en este caso el texto literario. Al contrario, es esta degradación de la moral lo que permite que el escritor, en el infinito espacio de la libertad creadora y la licencia poética, se dé un festín en donde no distingue el caviar de la fritanga, y en donde la mujer, personaje o lectora, se reivindica con un encanto que es también encantamiento libertario y oxímoron en sí mismo:

*¡Seamos incubo,  
bruja;  
seamos hoguera que lo incendie todo!*

¡Qué toutes les femmes seamos incubo y nunca más súcubo! Así sea, así es.

Enhorabuena a Adán Echeverría y sus letras por siempre.

Elizabeth Algravez



## Morirse de a poquito

Se había hartado de la lástima que su condición podía generar en los demás. Para eso tenía a su familia. Los suyos estaban ahí para consentirla, protegerla y esconderla de todos si era necesario. Se lo contó a Patricio aquella tarde junto al lago a donde habían ido a caminar antes que él entrara a la estación de radio para conducir su programa y esperar el amanecer. No me gusta que nos quedemos en tu carro, la gente pasa y piensa que estamos haciendo algo malo. Y decidieron caminar cerca del espejo de agua. La tarde empezaba a refrescar, pero el sol aún no quería ocultarse, pintaba el horizonte en tonos naranjas y violetas. La güera creyó que Patricio no la sacaría con sus gustos, lo quería dócil, romántico pero tierno, galante pero atrevido, solo lo necesario, lo que yo decida soportar. Hombre al fin, pensaba, solo le interesa satisfacer su deseo sexual. Los conozco, los veo babear siempre por mis fotos. Solo quieres llenarme de besos, acéptalo.

Patricio no sería diferente, menos cuando siempre dejaba en claro que había sido la güera quien lo había buscado. Ella fue quien abrió las comunicaciones entre ellos, la que decidió que tenía que verse con ese locutor y hablar de frente, así de cerca como lo tenía ahora, fuera de las llamadas que le hacía durante el programa nocturno, como lo hacían otra docena de personas. Esa tarde frente al lago, ella se dejó besar y acariciar los muslos. Y entonces lo supo. Se dio cuenta de que no quería verlo otra vez.

En el café, unos minutos antes, le preguntó a Patricio si estaba dispuesto a embarazarla, a sus casi treinta sabía que estaba en una edad ideal para llevar en el vientre a una criatura, que pudiera sentir cerca de su corazón, a quien abrazar en su soledad, sintiéndolo crecer paulatinamente, consciente de que sería de lo poco que podía dejarle a este planeta, un poco de ella en los ojos de su pequeño, aquella sonrisa que le agradaba en el espejo, o los lunares coquetos que podía heredarle a su anhelada hija. El tiempo se filtraba entre sus dedos, por sus pantorrillas, sus pulmones, corriendo en esa sangre que con trabajos seguía siendo impulsada por ese corazón que en ocasiones se alocaba, de alguna forma se lo había recomendado alguno de sus médicos: Si piensas tener un hijo, no creo que debas seguir esperando, estás a tiempo. Pero ahora, frente a Patricio, al no mirar en sus gestos alguna resolución, todo aquello ya no tenía razón de ser, supo que terminaría sola su paso por esta vida.

Patricio era como todos. Era peor porque no hacía nada por consolarla, por consentirla, por estar ahí cuando ella lo necesitara. Incluso tuvo que pedirle, casi exigirle, que saliera de la oficina para llamarle, porque necesitaba que él estuviera siempre para escucharla y Patricio no hacía lo que una chica espera de un chico: ser atento y detallista. No parecía estar dispuesto. Le exigió que le diera Me gusta a uno de sus autorretratos en las redes sociales. “¿Por qué el afán de que lo haga? Tienes muchos admiradores que ya interactuaron con tu foto”. Y ella respingó: “Pero eres el único al que se lo he pedido”. Patricio era consciente de que aquello tampoco tenía por qué ser verdad. Pero decidió ceder, al final ella se lo había pedido. “No voy a donde no me invitan”, Anianka recordó sus palabras, aquello que él llamaba sus reglas de etiqueta; y Patricio entendió que, si ella se lo pedía, entonces no violaba de ninguna manera sus propios principios. Le dio Me gusta a su foto solo para que ella lo dejara en paz. Esa tarde en el café, Patricio le dijo que sí la embarazaría si ella estaba segura de quererlo, lo haría, lo harían juntos. “No, no juntos. Me embarazas, pero no seremos pareja, ni estarás ahí para ser el padre de mi hijo. Yo lo criaré sola. Es lo que quiero que entiendas”.

Patricio la llamaba “mi güera” solo por fastidiarla. Anianka le contó de aquel burócrata del trabajo que siempre le decía “pásale güerita”. Nadie me dice güerita, es tan tonto. Además, ni sé por qué me lo dice. Supongo que es por el color de tu cabello, por el tono blanquito de tu

piel, apuró Patricio; pero Anianka reía divertida. A ella le encantaban ese tipo de debates sin sentido, disfrutaba de esas charlas insulsas en las que podía verlo descomponerse en una rabieta, lo veía en sus ojos, discutir sonseras era algo que a él le hacía perder la calma. ¿Vas a decirme que güera es como decir rubia? No te creas. Los rubios están acá, y Patricio levantó una mano por arriba de sus cejas, y en cambio las güeritas están acá abajito, llevó la misma mano hasta su pecho. Jaja, qué chistoso resultaste, ¿no? Para mí desde ahora serás “la güera”, “mi güera”, y eso es una realidad. No te atrevas, te juro que te dejo de hablar. Yo no soy de nadie.

La güera se presentía necesaria para el amor, o para aquello que ella dilucidaba como tal emoción. Lo cierto es que la mirada nocturna de la muerte que siempre le acechaba, no le permitía tal ensoñación. ¿Para qué?, era la pregunta que siempre se hacía. Para qué insistir en un amor, para qué soportar el enojo de todo chico, o preocuparse por consentir a uno solo si podía jugar a hacer feliz a todo aquel que ella quisiera; tienes una bola de hombres babeando por tus fotos en las redes, escuchaba la voz de Patricio mientras cerraba los ojos y leía los comentarios que le dejaban. Al final iba a morir joven, y no podría siquiera disfrutar de una relación que se hiciera larga. “¿Te gustaría que yo saliera con él; éso me estás diciendo; dices que no te importa que vea a otros hombres?”, le reclamaba la

güera una de tantas veces. Patricio solo atinaba a responder: “Harás lo que tengas que hacer”.

—Entonces no te importa. Claro que saldré con él, si me da la gana. Incluso me voy a meter a bañar ya, porque debe pasar por mí en una hora. ¡Adiós!

A la güera ya no le importaba que aquel novio que había dejado en el altar le hubiera construido la casa de sus sueños para, luego de la ceremonia por la iglesia, cargarla y conducirla a su nuevo Reino. No se dio la oportunidad, no quiso ser ella la que permitiera algo de lo cual ya se había aburrido. Y le había dicho un día a su padre: “Terminé con él, no quiero que lo dejes venir a verme más”. Y qué otra cosa podría hacer un padre más que obedecer los caprichos de la hija moribunda, de cualquier hija. Los gastos los había efectuado aquel hombre dieciséis años mayor que la güera. “El que quiere un pedazo de cielo tiene que gastar una fortuna en bendiciones”, decían la familia y las buenas costumbres, Anianka se consolaba, no le gustaba sentir que ella era la mala. El tipo aquel, la había cansado, y no podía confiar más. La güera se quedó en su cuarto sonriente por la travesura. “¡A qué lidiar con estos hombres, si no hacen lo que yo deseo! Pronto ya no estaré en este mundo. O se hace lo que yo digo, o me aburriré hasta la muerte”.

Luego llegó aquel joven cocinero que tanto la había cortejado con pedazos de pastel y nuevas recetas, cada vez que podía; platillos que terminaron fascinando a toda la

familia. Tenía las puertas abiertas, llegaba y todos los integrantes de la familia se sentaban a la mesa sonrientes, en esa escenografía rutilante para que la güera solo tuviera que bajar de su encierro, si estaba de ánimo, y escuchar: ¡Mira lo que ha cocinado Marquito, se ve delicioso, ven a probar!; pero la güera sin poderlo resistir terminaba vomitando aquellos ácidos que le iban despedazando el estómago.

“¡Miren lo que han hecho!”, gritaba envuelta en esa desesperación por huir de la escena, subir de nuevo los escalones, y correr al baño a meter su delgadez bajo la regadera; mientras la familia y el hábil cocinero se quedaban ensimismados masticando la tristeza de ver a la pequeña despedazarse en las emociones. ¡Déjenme sola! ¡Estoy harta de su conmiseración!

Todo era un sueño fallido y no era posible imaginar mayor final que el de la mortaja: “¿Me extrañarás cuando ya no esté?”, le había preguntado a Patricio luego de hablar del nombre de la hija que le gustaría tener con él; después de contarle los pormenores de su enfermedad; le había preguntado, y esperaba una respuesta que le dibujara una sonrisa. Pero aquel hombre no sabía ser cortés: “Claro que no, para qué”, le había dicho, y remató: “Nadie te extrañará más de dos horas, ya lo dijo el poeta”; la güera no podía dar crédito a semejante respuesta idiota. “Mi madre me extrañará siempre, pendejo”.

—Eso crees tú. La verdad es que no hay forma en que puedas saberlo. Ya no estarás.

—Tú no tienes idea de lo que es una familia unida. No tienes idea de lo que es el amor puro. No tienes idea porque siempre te han abandonado.

Pero los días aciagos terminaron por pasar de largo. La güera recuperó sus formas, aumentó de peso, aquella sombra mortal decidió abandonarla tal cual se había permitido alguna vez aparecer. O eso esperaban todos, eso creyeron. Lo que no había cambiado, sino que se instauró cada vez con mayor firmeza en su mente, era esa actitud frente a la vida, una construcción mental rayante en la soberbia. Su cuarto se había vuelto la guarida, una madri-guera mucho más que un refugio, era la adorada prisión, el sitio donde la reina podría hacer lo que quisiera, donde todos aspiraban alguna vez llegar hasta su cuerpo, y quienes lo tuvieron permitido se desvivirían por cuidarla. Si tenía que morir joven, tenía que hacerlo también siendo el objeto del deseo de muchos. Ahí los tienes, babeando por tus fotos. Estaba dispuesta a divertirse, para escapar a esa frustración de enfermedad a la que estaba condenada. Los hombres siempre terminan por aburrirme. Igual tú me aburrirás, lo sé, estoy convencida de que así será.

Patricio entendía a la güera y sus acciones, su forma de encarar la vida, su idea de la travesura sobre la emoción de los demás, su mandar al diablo al cocinero, y escribirle después: ‘¡Hola!, invítame a cenar’, cuando más le convenía, cuando quería salir un poco de aquel aburrimiento en que las tardes querían sitiaria. Por qué no apurarle un

beso, si se presentaba la ocasión. Pero para todo lo demás, no era necesaria su cercanía y la güera lo evitaba. Si llama díganle que no estoy, o dejaba sonar y sonar el teléfono móvil. ¿Estás dormido? Vine a la fiesta con él, pero estoy aburrída, por eso te llamo. Te voy a decir la verdad, me estoy fumando uno de esos cigarros, acá lejos del ruido. Él ni se da cuenta de donde estoy. Pensaba en ti. En todo lo que me dices siempre. Solo quería escucharte. Pero también quería que supieras que, aunque acepté salir con él, no pasará nada. Créeme.

Y era cierto que Anianka se aburría al cabo de unas horas, y no tenía ganas de las ideas románticas del cocinero. Mucho menos tenía ánimo para hablarse de amor con él. Y se lo contaba a Patricio, ya entrada la madrugada: “¡Hola! ¿Qué estás haciendo? ¡Hola!, ¿puedes hablar? ¡Hola! ¿Estabas dormido?”. Cada fin de semana era lo mismo, la güera terminaba por llamarle. “Pues se enojó mi cocinero. ¿Puedes creerlo? Solo porque, mientras él me escribía, yo me reía de él, me carcajeaba y le contestaba mensajitos de risa, jajaja, jajaja, y eso terminó por enojarlo”.

Claro que podía creerlo. Patricio no era ningún estúpido, y hasta llegaba a sentir lástima de aquel chico. Formaba parte del mismo juego, que podría parecernos grotesco a muchos, pero Patricio hacía de tripas corazón, y la escuchaba. Se mordía los nudillos mientras la güera le hablaba al oído. Disfrutaba el tono de su voz. Acá en la

estación, hay una chica que tiene tu mismo acento cuando habla. Pareciera que te estoy escuchando.

A ratos era Patricio el que se carcajeaba por las actitudes de la güera: “Pareces una preparatoriana de veintitantos, que sigue viviendo bajo el techo de sus padres, como un parásito. Hace años te graduaste y prefieres la comodidad y el confort de que tus padres se encarguen de resolverte todos los problemas domésticos; no son una familia unida, más bien parecen un par de alcahuetes que no quieren dejarte ir y ser adulto”; le dijo en una ocasión, cuando la lástima por aquel cocinero le sacaba un vómito blanco, blanco, lleno de ácido.

La güera tuvo que reaccionar: ¡Al carajo!, fueron las palabras que aparecieron en la pantalla del móvil, y después un silencio largo. La foto de perfil de la güera ya no estaba en la aplicación de la mensajería instantánea, que Patricio mantenía abierta irradiando su luz sobre el rostro, para demostrar que no podía haber réplica, ella lo había bloqueado. La comunicación se dio por terminada, y ella quiso escribir la última palabra —como la güera adoraba hacer, era parte del montaje al que todos debían de acostumbrarse—; Patricio no pudo más que sonreír: ¡Increíble! Constató en sus redes sociales, y lo mismo, no había rastro de la güera, había desaparecido intempestivamente, tal como meses antes, con el invierno empezando, ella decidió meterse a su vida; ahora escapaba detrás del berriñche para con el tiempo, ¿volver? No. Anianka hacía su

salida triunfal. ¡Al carajo con ella y sus malditos dramitas!, se dijo Patricio mientras intentaba marcarle al móvil, para escuchar los tonos alargarse sin ser atendidos. ¡Vaya pues con los caprichos de la nena!

La güera murió el siguiente 15 de mayo. El silencio en que sumió su relación con Patricio se convirtió en una grieta inabarcable sobre el papel, recuerdos de letras sobre las hojas que cada noche aleteaban en la mente del locutor, y no había más opción que seguir escribiéndola. ¡Al carajo, Patricio; y al carajo Anianka! Todo fue un maldito montaje, un espacio de tiempo secuestrado en esta farsa. Tiene tanto miedo, pero nunca va a ceder, el tiempo no le alcanzará. Aquella tarde del lago Patricio también lo había comprendido cuando la tomó de la mano, y la güera se había puesto colorada; ella comenzó a mirar hacia todas partes. Patricio la jaló hacia él para tenerla muy cerca, y la besó bajo la tenue luz de la tarde que se extinguía. Fue un beso largo. Fueron muchos besos largos, uno tras otro, en los labios, la frente la punta de la nariz. La piel de la güera aumentaba de temperatura. A unos metros de dejarla en su casa, la güera le escupió en el rostro: “Solo querías llenarme de besos, acéptalo. Eso es todo, ¿verdad?”, y se bajó sonriente y azotando la puerta.

La güera ahora lo acompañaba todas las noches. Había muerto unos meses después de haberle colgado la llamada. Apenas después de aquel ¡al carajo! Ahora su recuerdo

estaba ahí junto a Patricio, en su lugar de trabajo, sobre su ropa, dentro de su caja torácica.

Fueron los padres de la güera los que se acercaron a verlo una noche a la estación de radio. “¿Qué le hiciste? Nuestra hija siempre escuchaba tu programa. No se lo perdía. Y de pronto se pasaba las noches pegada al radio, entristecida. Cerró los ojos gritando tu nombre: ‘¡Te equivocas! ¡No sabes nada del amor puro! Claro que me recordarán. Ellos me recordarán. Tú me recordarás siempre. Me llevarás siempre en tus oídos. Claro que me recordarás, miserable’. La escuchábamos detrás de la puerta, no podía conciliar el sueño, y no nos permitía entrar. ‘Estaré siempre en tu mente, en tu historia, en tus recuerdos’. Nosotros no te conocíamos, pero no nos costó dar contigo, dejó tu nombre apuntado en sus libretas. Algo le hiciste y tienes que decirnos. Ella ya estaba bien, y de pronto, fue como si se dejara morir”.

Patricio no respondió. No encontraba palabras.

Vio a los padres de la güera exasperarse ante su silencio, su padre le jalaba del cuello de la camisa, su madre le había golpeado el rostro en una cachetada, y los dos se abrazaban intentando darse consuelo. Patricio los miró alejarse en la noche neblinosa. Anianka se quedó junto a él, sonriente, triunfal, etérea, fantasmal: “¡Te lo dije! ¡No me olvidarán, filósofo de mierda!”; y el viento cálido corrió sobre su nuca.

El fantasma de la güera se quedó para hacerle entender lo que era la inmortalidad y la tristeza. Patricio vive ahora en el insomnio, escribiendo siempre, mientras la música que programa en la estación de radio se esparce por toda la ciudad, en esas noches en que lo sabe, la güera lo acompaña a través de las horas, y se va muriendo de a poquito con ella, consciente de que no hay otra posibilidad, seguro del peso de su memoria que cada día lo cubre más y más.

## La conversación

Habían sido varias las noches en que la tenía al otro lado de la pantalla de mi ordenador. Primero cumplía como padre, durmiendo a mi bebo y atendiendo a mi esposa a quien me gustaba tener bien cogidita. Nada de dejarla a medias. Un hombre con una hembra en la cama no debe levantarse ni dormirse hasta que logre dejarla relajada para que pueda gozar de un sueño reparador. Para eso ellas se arriesgan a vivir con los hombres y no para soportar nuestra mierda.

¡Ah, mi esposa y esas sus tetas que no dejaban de chorrear leche! Bien nos lo había dicho el pediatra: si usted sigue estimulándola, ella seguirá lactando; así que para qué parar. El erotismo de quedar con los labios, la barbilla y el pecho bañados en leche materna no tiene comparación. Y ésos sus enormes pezones, eran el premio después del embarazo. Mi bebé ya tenía tres años, y claro que desde los diez meses mi esposa le retiró el pecho, pero esa leche

que aún seguía produciendo la había reservado para mí, que tan glotón siempre la disfrutaba.

Mi trabajo de escritor comenzaba después de la segunda cogida, mi esposa era muy calmada con respecto a mi dedicación, y me dejaba ser, porque una mujer que se siente plena no pone reparos en las actividades de su hombre. Yo era un tipo que se pasaba las noches escribiendo. En realidad, dormía poco, terminaba con mi esposa a eso de las doce y media de la noche, y me levantaba a fumar un cigarro en la terraza, junto al auto aparcado, para mirar un poco la oscuridad exterior, dejar que la brisa apagara las últimas flamas que aún llevaba en la piel, ver pasar a algunos trasnochados, mirar correr a los gatos por las azoteas, y sumirme en algunas ideas de meditación: Las actividades del día, lo que tendría que enfrentar para el día siguiente, si necesitaba ahorrar dinero, si quería comportarme un poco mejor con los demás.

Aquellas lecturas de Samael Aun Weor me habían servido para meditar en las acciones realizadas durante cada jornada de mi vida. Uno siempre despierta feliz y la plenitud consiste en pasarse el día sin que nada afecte ese estado de tranquilidad. Vivir se trata de eso —decía el gnóstico—, insistir en continuar sintiéndonos felices al llegar la noche, y yo asumí esas posturas. He ahí el reto, la posibilidad de sostener la búsqueda de la felicidad. Para lograrlo debía recapacitar y recorrer una a una las acciones realizadas, ser juez de nuestros propios actos,

aceptar nuestras equivocaciones. No como un iluminado, o un fanático de la meditación, claro que no. El ejercicio me duraba lo que tardaba en consumirse mi cigarro, y luego volvía a la casa, abría el ordenador y me ponía a escribir cuanta historia me viniera a la cabeza.

Así es como llegó Francia. Una noche me pidió amistad y no dudé en aceptarla, apenas la tuve en la red social comencé a revisar sus fotos, una más sexi que la otra, y cuando pensaba que esta chica me volvía loco, que se metía a las neuronas como un gusano, me topaba con otra fotografía donde se veía aún más hermosa. Ella poniéndose los calcetines blancos en sus pequeños pies de bailarina; sabía que era practicante de ballet clásico porque veía las fotos donde entrenaba, y aunque las fotos de sus galas no me parecían importantes, sí las fotos tras las bambalinas, esas fotos invasivas que ella compartía, consciente del poder de sus formas en la imaginación de los tipos penden-cieros como yo. Sus manos alrededor de los tobillos, para darles un masaje reparador, ella amarrándose las zapatillas, ella mirando coqueta el espejo mientras se alisa la faldita transparente para salir a escena. Ella con el maquillaje blanco y esos pequeños trazos de plata-metálico que le ampliaban los ojos, y qué hermosos eran los ojos de Francia.

Siempre he perseguido esas cosas íntimas en la mujer. Por eso me había detenido en el álbum de sus fotos, para poder entrar de lleno a su intimidad, y disfrutar de ese erotismo que mostraba en cada imagen: Una foto donde

sopla sus dedos, haciendo una “o” con sus labios, mientras expelía su aliento (seguro con olor a fresas) para secar el esmalte verdiazul de las uñas de sus manos. Se ponía una corbata y se hacía los nudos, mientras vestía alguna camisa blanca de hombre, y se metía un sombrero en la cabeza. La foto donde tenía ese ‘body’ azul con que entrenaba en el gimnasio. Aquella donde levantaba las piernas —duras piernas de bailarina— sobre el escritorio mientras sostenía frente a sus ojos aquel ejemplar de Bram Stoker.

No la quería inteligente, y no la imaginaba leyendo a Kant, o pensando en alguna intrascendencia de Foucault, pero verla sostener un libro, mientras jugaba a mordisquear sus lentes, me excitaba; como aquella foto donde mostraba la nuca, o donde regalaba una mirada a ese pavorreal que se había tatuado en el abdomen. Sus pequeños pies torcidos por el ballet, así, sin esmalte en las uñas. O donde estaba de pie y de espaldas, y giraba un poco el torso y miraba la cámara con rostro de gatita traviesa. Todos los clichés de la coquetería que una hembra dulce y fanerógama puede mostrar.

Lo que me encantó de ella es que no era de esas chicas que solo se toman selfies y listo; Francia sabía muy bien que la mujer que ahora nos revienta los huevos es aquella mujer en toda la extensión de la palabra: no un pedazo de carne que lamer y listo, sino una que es trabajadora, o ama de casa, y madre, o profesionista, activista de ideas liberales y no de pintas y cartulinas con faltas de ortografía; una

mujer que pasa su vida y horas en ocuparse tanto de ella como de los suyos. Que hace planes y conquista los espacios vitales en los que se desenvuelve. Esas mujeres que no piden permiso porque saben que lograrán triunfar con tan solo proponérselo. Hembras poderosas de las que uno debe rodearse siempre.

Por eso, aquellas fotos donde cuidaba a sus hijos, y los llevaba al parque me atraían todavía más. Francia comenzó a llenarme las noches después del zafarrancho diario con mi mujer. Y era algo que decir, el hecho de olvidarme de la leche de mi hembra chorreándome sobre la barba y el pecho, para irme a mirar las fotos de esta hembra que había aparecido en la pantalla de mi ordenador, eran algo que contarme en aquellas reflexiones en el aparcadero. Apenas encendía el equipo, entraba a mi página del feis, y me dedicaba a mirar todo lo que Francia había hecho durante el día, la miraba en silencio, con la idea clara de que ella no estaba enterada de mi incursión a su vida. Y todo era así de básico para mis necesidades en aquellas madrugadas, hasta que ella me contactó.

Fue muy directa, después del ¡Hola!, me preguntó si en verdad me gustaban tanto sus fotos que me la pasaba mirándola todas las noches. No supe qué cosa decirle en ese momento, pero ella me hizo sentir en confianza señalando que se sentía halagada de estar siendo apreciada. Y entonces reparé en que, de manera inconsciente, le había dado likes a todas sus fotos, y eso lo había estado haciendo sin

percatarme, sin saber a cuántas fotos. Qué tonto me había visto. Era un maldito acosador nocturno, y yo quería pasar desapercibido. Vi que se abrió de nuevo la ventana del chat y una foto de ella me esperaba. Me había enviado una foto sonriente, coqueta, con muy poca ropa, diciendo: Esta no la publicaré, es una foto que me tomé solo para ti.

—¿Estás listo para tenerme esta noche? —y agregó otra imagen, ahora con su boquita pintada de rojo y con pequeñísima pedrería de fantasía fina. El juego había comenzado sin reticencias. Los dos nos dijimos cosas sucias desde el tercer mensaje. A su “Qué haces despierto a esta hora; ¿no deberías estar cogiendo?”, contesté: “Me recupero de ello. Ella duerme, y yo tengo lista la cabeza para pensar y escribir”. Me olvidé de toda aquella meditación rutinaria en la terraza de mi casa. Era claro que yo no iba jamás a ser un tipo religioso, ni filósofo, ni gnóstico ni nada que se le pareciera. Mis instintos eran tan humanos como animal en celo que me sentía, deseoso de aquella mujer que había dado aquel paso hacia mí.

—Y en vez de escribir, ahí vas a buscar “viejas” para tontear, ¿verdad?

—¿Qué puedo hacer?, ellas aparecen, tan lindas frente a mis ojos —¿cuánto puede uno resistirse a la presión de una hembra de esta naturaleza? Irradiaba tanta seguridad en sus frases, como en el hecho de enviarme fotos, que no me daba tiempo de sentirme halagado como en pensar que algo de raro tenía aquello.

—¿Cuándo me dejarás verte? Esta semana mi esposo no estará, y puedo decirle a mi madre que se quede con mi beba.

Francia era madre de una beba de tres años, justo la edad que tenía mi hijo. Eso de las repeticiones que seguido nos ocurren; en muchas de sus fotos aparecía con su retoño a un lado.

—¿Estás decidido para que arruinemos nuestra historia de parejas casadas y fieles? —y esto lo dijo acompañado de una foto donde me dejaba ver su ombligo y justo donde empiezan a notarse sus vellitos del pubis.

—¿Cuándo podré verte? —leía yo, mientras me enviaba una foto de sus piernas y sus hermosos pies con las uñas pintadas de rojo.

Estaba a punto de contestarle que claro, que mañana mismo vería cómo hacerle para verla, y escuché a mi espalda la respiración de mi esposa con su: “¿Cómo vas con el cuento?, ¿quieres que te prepare un café?”.

Sentí que se me caían los huevos al suelo por la sorpresa. Uno nunca será tan rápido para cambiar de pestaña y ocultar el programa, o en mi caso para minimizar la pantalla de la conversación que sostenía con Francia. Pero mi esposa tampoco sería tan rápida para mirar detrás de mi espalda y ver con quién estaba conversando. Mientras hacía todo para cambiar de pestaña de la manera más natural y discreta que podía, para ocultar el chat (iluso), me di vuelta para quedar frente al rostro de mi mujer

que bebía un vaso de leche, algunas gotas terminaron de caerle por la barbilla.

—¡Vaya que se me cae la leche! —dijo risueña, mientras yo la jalaba hacia mí, y la sentaba en mis muslos. Comencé a lamerle la barbilla.

—No tienes llenadera, ¿verdad?

—Me gustas mucho, —alcancé a decir. Y la ventanita de la conversación con Francia comenzó a parpadear, como señal de que me seguía escribiendo.

Yo no podía dejar que mi esposa viera el monitor, así que, aprovechando la silla giratoria, di vuelta para que ella quedará de espaldas a la pantalla, montada sobre mí, lista para ser besada y penetrada; no traía calzones, y aproveché la erección que ya tenía por las fotos y la charla con Francia, y comencé a meterme a ella. Mi mujer dio un sorbo a la leche del vaso, y giró para dejarlo sobre el escritorio junto al ordenador.

Yo le mordí una teta, tenuemente, para que no dejara de mirarme, y la tela de su blusita de algodón se mojó con la leche que aún le salía de los pezones erectos; con mis dedos comencé a explorarle los vellitos alrededor de su ano; ella estaba montada conmigo dentro. Me puso las tetas en la cara, y moviéndose cómo la hembra dueña de mí que se sabía, preguntó:

—¿Ya terminaste de hablar con tu amiga?

Fingí no escucharla. Era verdad que lo había dicho sin subir de tono, y así como si nada. Traté de concen-

trarme en ella, pero sabía que la sangre abandonaba mi pene y me subía al cerebro. Me encanta ir metiéndole de a poco los dedos en la raja, es algo que sé que ella disfruta, y me pone duro de inmediato, rozarle el culo con la yema de los dedos, pero la pregunta de mi esposa flotaba en el aire como un fantasma que decía: “Que pena me das, pobre pendejo”. Ella me tomó de la cabeza, para mirarla de frente y repitió:

—¿Ya terminaste de hablar con ella? —supe que no había escapatoria. Yo era un tipo derrotado. Mi mujer tenía la última palabra y no había nada que decir de mi parte. Me sacó de ella, cogió su vaso con leche del escritorio.

—Me voy a dormir. ¿Vienes?

Y supe que esa era la frase final, en ella estaba inscrito un “Te perdono, pero ven de inmediato tras de mí”.

Cerré las pestañas de los programas sin pensarlo más. Apagué todo de inmediato. La idea de Francia había salido por la ventana junto con mi hombría. Era yo un hombre dominado por el miedo. Un ratón que no tenía posibilidades. Fui derrotado por el poder que mi esposa tenía sobre la infidelidad en que me había descubierto. No quise decir nada y fui a la habitación. Ella estaba acostada bajo las sábanas. Creí que comenzaría a discutir, que al día siguiente me dejaría, y no tenía más nada que decir. No había pasado nada extraordinario, pero había decidido ver a Francia, me había ganado la lujuria, y estuve decidido a arriesgarlo todo. No supe nunca, no podía saber, desde

cuándo mi mujer estaba detrás de mí. Yo platicaba y me ponía de acuerdo con Francia cuando escuché su voz detrás. Ella era dueña de la información, y del destino de nuestra relación de pareja, de nuestro matrimonio, de mi hijo, de mi casa, de mi todo. Pensé en mi hijo, en el trabajo, en qué haría al despertar y en cómo enfrentar un nuevo día.

Levanté la sábana, y ella se volteó hacia mí. Me metí dentro de ellas y sentí la desnudez de mi esposa, y la humedad de su pubis que rozaba mi pierna, como un molusco que iba lamiendo mi rodilla untando su exquisita mucosidad. Me jaló del cuello y me dio un largo beso para decir en un gemido, mientras arrastraba una mano por mi pecho y mi abdomen, hasta tomar mi pene entre en sus manos.

—Te quiero dentro de mí.

## La hija de mi jefa

Conocí a Yos cuando acababa de graduarme de biólogo. Ya con el título en la mano, me sentía desempleado e interesado en proteger el medio ambiente. En las escuelas te preparan para todo menos para trabajar en tu profesión. No existe en la academia mexicana, el ideal de volverte funcional para la sociedad. Todo se trata de hacer investigación que permita publicar ‘papers’, artículos científicos en revistas especializadas, arbitradas; es decir que envías tu manuscrito y será evaluado ‘por pares’, por personas —otros científicos— que se dediquen al tema sobre el que versa tu artículo. Esta articularia en la que necesitas inmiscuirte te brindará cierto puntaje dentro del Sistema Nacional de Investigación (SNI) que te dará un estipendio económico mediante el CONACYT. ¡Vaya cosa! Medir de esta forma la capacidad científica de los mexicanos y presumir: Yo soy SNI 1, ah no, pero yo soy SNI 3, así que me toca el último

pedazo de pastel. Como si de presumir el tamaño de su miembro. ¡Pobres adinerados científicos mexicanos!

Esos SNI algo, o aspirantes a SNI fueron los que me formaron (o deformaron) en la universidad. Sales de ella siendo un todólogo experto en nada. ¿Cómo conseguir trabajo entonces?

Yo había elaborado —por mi experiencia en diseño editorial— unos fascículos que se llamaban “Facilitando el Diálogo”, y estaban pensados para llevar información a los productores del campo yucateco. Durante ese trabajo, en la oficina había encontrado “El Libro Verde”, que era un directorio nacional, algo así como la Sección Amarilla, pero de Organizaciones No Gubernamentales dedicadas a la Sociedad Ambientalista. Con el documento en la mano, preparé un Correo, y lo envié a todas las direcciones que pude registrar, y que encontré en el libro. En mi correo les comentaba que era recién graduado de la licenciatura en biología, y que estaba buscando involucrarme en cualquier trabajo que tuviera que ver con el ambiente, para poner de mí, y obtener experiencia. Igual decía que solo requería en pago: un sándwich al día, y un lugar cómodo para poder dormir las noches. ¡Vaya si me llovieron invitaciones a trabajar! Esto es México. Bienvenidos todos los que quieran trabajar por tan poco.

Uno de los correos que me contestó venía precisamente de Pronatura Yucatán, se trataba de Yos. Ella me

invitaba a trabajar a su lado en el Proyecto Calakmul. Por supuesto que me interesó.

Viajamos a aquel bellissimo sitio prehispánico, yo manejaba. Era un volkswagen austero, de los años 80. El viaje fue muy agradable. Me encantaba escuchar las historias de Yos. Siempre me ha encantado escuchar las historias de las personas. Yos me había contado de su divorcio, y de su hija que para entonces tenía apenas unos doce años.

Los días al lado de Yos nos unieron en varios proyectos ambientales. Con ella me fui a vivir a Cancún para trabajar en una extensión del aeropuerto que estaban desarrollando. Un trabajo que terminó por ser súper corrupto. Y del cual terminaron cortando a Yos, porque ella pues no iba a permitirse participar en ese tipo de tranzas. Yo me quité con Yos del mismo empleo. Pero desde que nos fuimos a Calakmul, y terminamos por compartir el mismo cuarto en Zoh Laguna, comenzamos esos escarceos románticos en los que un hombre y una mujer siempre terminan por involucrarse. Lo mismo nos ocurrió en Cancún, donde decidimos ya no contenernos.

Yos era una mujer mayor que yo, por casi veinte años. Yo tendría acaso veintidós años, ella quizá poco más de cuarenta. Además de bióloga era maestra en educación física, y practicante de yoga. Tenía un cuerpo redondito. Con unos pechos enormes de hermosos. Los pezones oscuros y gigantes, como una falange del dedo meñique, algo hermoso para masticar mientras se los succionaba. Me ponía

durísimo con sus besos, y sus arrebatos de hembra dulce y valiente. Porque el valor que siempre ponía Yos en todo lo que hacía me excitaba mucho. Nada como amar a una hembra que es capaz de tener el triunfo profesional al alcance siempre de la mano. Y Yos era esa mujer. Gran compañera, mágica maestra, deliciosa como amante.

Así nos fuimos enredando muchos momentos, hasta que una madrugada, yo salía del cuarto de mi Yos, lleno de besos, vacío de semen, y en el pasillo hacia el baño me topé con su hija de ya catorce años. Al vernos de frente nos reímos un poco. Yo andaba en bóxers y ella en calzoncitos con una blusita de algodón blanca. No hay que ser tan imbécil para no reconocer que había heredado los genes de su madre. A sus catorce años sus pechos eran del tamaño de manzanas.

Y la imagen llegó como un rayo a caer sobre mí. ¿Qué hago en esta casa, y con esta mujer? La diferencia de edades entre su hija y yo era menor, que la que tenía con Yos. Me di cuenta de que, con el paso de los meses, de los años, yo me sentiría más atraído por su hija que por la madre. No soy cínico, tengo que ser siempre honesto. Yo no estaba enamorado. El amor pocas veces ha movido mis relaciones con las mujeres. Y sabía que, en el transcurrir de los días, yo me fijaría en esa pequeña chiquilla. Ella cumpliría dieciocho años y yo apenas tendría 26 ó 27. Me sentí estúpido, me sentí nefasto.

Todo esto pasaba por mi mente mientras esperaba que la chica orinara. Salió del baño, me dijo buenas noches y se fue corriendo a su recámara, y yo entré al baño. El olor a orina de la chamaca me hizo decidirme. Solté una de esas orinadas violentas que ocurren luego de haber cogido largamente.

Embarrado el vientre con el semen, volví a la cama con Yos. La besé en la nuca. Ella se acurrucó dentro de mi pecho. Y supe que no podía seguir ahí. La solté. Me levanté a rebuscar por todo el piso mi ropa. ¿Te vas? Alcanzó a preguntarme. Tardé en contestarle, pero me fui vistiendo en silencio. Ella quizá me observó extrañada, y se quedó desnuda en la cama, llena de costras de semen en la espalda, los muslos, los pechos, las mejillas. Se acicalaba la larga cabellera. Sus cuarenta y tantos años la hacían una mujer nada afecta a los dramas. Me dejó vestirme en silencio. Solo su mirada caminaba por mi cuerpo. Me levanté ya vestido, le di un beso en la mejilla. Salí silencioso de la casa, y jamás volví a verla.



## Abandonar la prepa

Le llamaría Ripetti para burlarse de aquel hombre que había abusado de ella en la preparatoria. Por cuestiones de idiosincrasia, moral y esas imposiciones que norma la iglesia mexicana desde la Conquista, ella no podía acudir al aborto como sus compañeras de escuela lo hacían, ahí con el Dr. Chávez en la colonia Sarmiento. No. Ella era niña de su casa, y como tal tenía que ser bien portada. La continua opresión familiar no le dejaba encontrar otra salida, jamás la tuvo: Niña, no corras; las niñas no sudan ni andan empujándose; qué juegos son éstos, chamaca, hasta pareces varón. Una señorita tiene que sentarse con las rodillas pegaditas una con otra, y cuando uses falda ponte la palma de la mano derecha enfrente, para que nadie pueda mirarte los calzones. “Me hartan los calzones”, decía Rebeca refunfuñando mientras corría a su cuarto, tumbándose en la cama para sollozar a sus anchas. Todo era sentirse vigilada por la madre, la abuela, los hermanos.

Tu padre y tus abuelos han construido este apellido que llevas con mucho empeño, constancia y buenas relaciones; no vas a venir tú, ahora, a ensuciarlo con tu mal comportamiento. “Dirán que lo construyeron con mucha poca madre”, murmuraba la chica a solas mientras garabateaba en una libreta que llevaba a la preparatoria, harta de la cantaleta de siempre.

Ripetti; así quiero que se llame.

Pero ése no es nombre de cristianos, chamaca, cómo le vas a poner así.

Pues pueden ponerle Jacobo, Manuel, José, o como se les dé la gana, pero créame, madre, yo le llamaré siempre Ripetti; que no le quepa duda.

Era un reacomodo de letras para recordar a aquel maestro que siempre perseguía a las muchachas y que, a pesar de que Rebeca no era una chica fácil, tampoco se había comportado como una santurróna cuando lo tuvo enfrente y a solas.

Empezaban los ochenta, AC/DC andaba de gira presentando las rolas de *Back in black*, habíamos sobrevivido la complicada década de los 70; con el mundo llegando a la cúspide de la guerra fría entre el bloque socialista y el capitalismo americano, y poco faltaba de ese año para que John Lennon muriera asesinado. Era octubre, en la preparatoria aquel profesor de filosofía, que pasaba ya de los cincuenta años, comenzó su continua cacería de inicio de

curso: “Las muchachas de prepa no piensan”, reía frente a sus compañeros.

Siempre lo había hecho, desde aquellos días cuando comenzó a dar clases apenas cumplidos los 25: “Viven en una disyuntiva. Para sus padres todavía son niñas, y para sus compañeros comienzan a oler a hembra. Ellas lo saben, y mucho hacen por sentirse atractivas. La libertad del rock que se escucha en las estaciones de radio, el espíritu que camina con la moda del haz el amor y no la guerra, todo aquello de la igualdad sexual que se pregona, las lleva derecho a nuestras camas. Sólo hay que tener tiempo y paciencia para socorrerlas en las búsquedas de la libertad. Las hacemos brincotear un rato, y luego las mandamos a volar. No falla, gallo; es en serio”. ¡Cabrón, ya no son los años sesenta!, le decían, dándole manazos en la espalda.

La idea recurrente de cazar chicas que al principio les sonara divertida, dejó de parecerlo para sus demás compañeros porque, como era lógico, crecieron; se hicieron adultos responsables, profesores de cátedra, padres de familia, y con el paso del tiempo, igual se fueron transformando en papás de las chicas que estudiarían la preparatoria donde dieron clase alguna vez, cuando fueron jóvenes y comenzaban.

Pero el compañero Milton Repatti no pudo entenderlo. Vivía detenido en esa década sesentera, era un visionario hippie de aquellos años de la Guerra de Vietnam y la convulsión mundial de la juventud, y no dejaba de disfrutarlo.

Su época de gloria se notaba en sus jeans deslavados, apretados en los muslos y que se abrían como pata de elefante cerca del tobillo. Calzaba zapatillas a lo Bruce Lee, siempre de distintos colores, que combinaran con sus camisas de poliéster de manga larga y estampados. Mantenía el pelo largo, cuyas hebras aún doradas caían hasta sus hombros, enredadas con sus canas, que no dejaba de arrancarse cuando las notaba. Repatti, el flaco de siempre.

“¡Hey Repatti!”, le gritaban los compañeros por los corredores de la prepa cada septiembre, al inicio de los cursos: “¡Ya miraste a la chaviza!” Y el profesor Repatti, saludaba cortés, con los ojos persiguiendo siempre algunas pantorrillas, y una sonrisa desencajada metiéndose entre los ojos de las chicas que cada año pasaban por las aulas: “¡Claro que sí, gallo, desde temprano estoy de cacería!”; solía confirmar. Sus compañeros lo dejaban ser, pero aparte, cuando Repatti se ausentaba, entre ellos lo maldecían: Pobre hijo de puta; está casado, con hijas casaderas, y sigue con la misma voluntad clavado en esa idea fija; ya, que no mame. Como su hermano es el mero máster de la Universidad, ni quién lo corra al cabrón. Hay que llevarse bien con él, porque si lo acusas, capaz que eres tú el que se queda sin trabajo.

Poco tuvo que pasar para que el profesor Repatti coincidiera con Rebeca en aquella escuela. Años después el mismo Roger Bartra hablaría así del ‘libre albedrío’: “El hombre cree que toma decisiones por sí mismo, y que

ésa es su gran libertad; qué equivocados seguimos estando”. Y Rebeca no tuvo escapatoria. Odiaba a su madre y a toda su familia, y en la prepa, su segundo hogar, conocería a un profesor de filosofía mayor de cincuenta años, dedicado a perseguir alumnas. ¿No había forma de escapar? El demonio de la perversidad del que nos habla Poe la terminó por seducir. Si te acuestas con él, olvídate de estudiar su materia. Te pone puros dieces. Hasta te ayuda con otros maestros para que te pasen; el viejo está bien parado. ¡Anímate!

¿Y aquello, también lo tiene bien parado?

Jajajaja, reían todas.

Es pequeño, pero todavía le funciona.

¡Qué importa, tú!; la cosa es aprovecharse del viejo y de sus gustos.

El muy marrano.

Rebeca escuchaba con atención a sus compañeras burlarse de aquel maestro, mientras se acicalaban las ropas en el baño; era precavida pero no una santa, claro que tampoco debía volverse una zorra como aquellas. Además, el viejo, pues... era un maldito anciano con la piel arrugada guardando el sudor y el polvo que les da ese olor a rancio, a humedad, a comida pasada, que flojera. Imaginarlo desnudo le causaba asco. Si al menos se tratara de un maestro joven, de buen aspecto, una perdería la virginidad a gusto por unas buenas calificaciones. Todos ganaríamos algo, pensaba Rebeca. Pero Repatti, era un tipo de

más de cincuenta años, apestaba casi a muerto, para qué arriesgarse. Sus compañeras o estaban locas, o enfermas de sexo, o simplemente desesperadas.

Y entonces conoció a Efraín, un compañero de la clase de deportes. Flaco, alto, moreno claro, con el pelo cortísimo, a lo militar, diferente a aquellos greñudos que caminaban por la ciudad, presos del ambiente ochentero. El chico era atento, educado. Rebeca no lo pensó mucho. Cuando Efraín se acercó para invitarla al centro de la ciudad; para ir a una estación de radio, ella aceptó gustosa. Un amigo de Efraín, el Ricardo, conocía a un locutor ahí, y le dejaban poner algunos de sus discos de rock para los radioescuchas. Rebeca lo acompañó varias veces. Dos semanas después de andarse viendo, un viernes, le permitió acompañarla hasta dejarla en la puerta de su casa. El chico sabía ser divertido; y ella no quería hacer nada a escondidas de su familia. Su madre lo saludó con tal sequedad, que puso incómodos a todos. Efraín se despidió, con un cálido apretón de manos.

Es la última vez que quiero verte con ese indio, sentenció su madre. Tienes un apellido que cuidar; cómo te atreves a pasearte con ese mentecato.

¿Qué tiene, cuál es el problema? Es un chico serio y estudia conmigo en la prepa. Tiene buenas califica... Y sintió el golpe en la boca, y la sangre correr por sus labios.

¿No entiendes? ¿Eres estúpida? Tu padre y tus abuelos dirigen muchas empresas. Y la prensa siempre está

pendiente de ellos. Y tú, en vez de comprender y cuidar el nombre de tu familia ¿te dedicas a salir con indios? No tienes conciencia de quién es tu padre, tus abuelos, yo misma. Me tienes hasta la madre con tus estupideces. Ya decía yo que era una locura que estudiaras la preparatoria. Debiste entrar a clases de modales, o de cocina, para que aprendieras a comportarte, y te volvieras una buena esposa. Pero esas ideas de tu padre, para quedar bien con «los de abajo». Escúchalo bien, chamaca, no quiero volver a verte con ese pendejo. No estoy jugando, que no te quepa duda en que sabré qué hacer para que me obedezcas.

El lunes, al bajarse del carro, y caminar hacia la escuela, estaba decidida. No dejaría a Efraín. Pero terrible fue su sorpresa al ver que el chico le huía. En el segundo horario de descanso pudo encararlo. Lo encontró en las canchas haciendo deporte. Estaba de espaldas a ella.

¿Me estás evitando? ¿Qué te hice?

El chico se dio vuelta y Rebeca constató que tenía un ojo aún morado. Luego de dejarte alguien me dijo que no me volviera a acercar a ti, o me iría peor. No quiero tener problemas; no tengo tu dinero, y necesito terminar la preparatoria. Lo siento, no puedo seguir viéndote, tienes que entenderme. Y se fue casi corriendo, dejándola plantada en las canchas de basquetbol.

Rebeca caminó cruzada de brazos hacia su salón, arrastrando el peso de su cuerpo, su apellido, su tristeza,

y el rencor que se anidaba en su interior. Al entrar al salón solo estaba el profesor Repatti.

¿Qué haces acá? Todos se han marchado. Hay una protesta por el arresto de tres estudiantes, por una redada que hicieron los policías en El Chac Mol. ¿No te enteraste? Algunos maestros que conocen a los estudiantes organizaron la marcha, y se dirigen hacia el Ayuntamiento a exigir su liberación. Se va a poner... Pero Rebeca no podía escucharlo. No acertaba a pensar con claridad.

¿Qué te pasa, pequeña? Y la chica comenzó a llorar amargamente.

Repatti supo que era su momento. “Las chicas cuando andan tristes, son mucho más fáciles. Un poco de ternura y terminan entregándose”, era uno de sus postulados. Se acercó a ella; y para que se calmara comenzó a acariciarle los cabellos, consolándola. Le ofreció su pañuelo. Le pidió que le dejara comprarle un refresco, para que se sintiera más tranquila y pudiera contarle todo. Vamos a dar una vuelta, mi carro está en el estacionamiento; te hace falta salirte de todo esto, cambiar de ambiente, respirar un poco de aire fresco. ¡Vamos!

Rebeca no sabe exactamente cómo pasaron las cosas; las casas cruzaban ante sus ojos al avanzar en el vehículo, pero se sentía desorientada. Sus ideas iban del rostro de Efraín a las palabras de su madre. Recuerda la charla, el refresco; se cruzó el rostro golpeado de Efraín, el susto que se habría llevado al no entender de qué se trataba, intenta

generar una especie de memoria, cómo habrá sido, quién. Era fácil, cualquiera de los muchos trabajadores que tiene papá. Hablaba en silencio con ella misma, en el asiento del copiloto, mientras el profesor la escuchaba, pero no supo cuándo aceptó ir a su casa, que se encontraba cerca de la salida a... Lo que sí sabe, es que terminó consintiendo al sexo. Nadie la obligó y no se sintió forzada. Las palabras de sus compañeras, el golpe de su madre y sus gritos, el ojo morado de Efraín, el calor mismo en la ciudad, la fueron conduciendo de la mano a esa situación; pero fue ella, sin la ayuda del profesor, quién se quitó la ropa, y la que decidió abrir las piernas: No soy una chamaca como todos creen. Permitió que las cosas pasaran, quiso escapar a su vida, a su mente a la prisión de la familia que no dejaba de consumirla. Y el profesor se había mostrado gentil.

Luego de esa tarde la relación entre Rebeca y el profesor Repatti se volvió más estrecha. Comenzó a desinhibirse, su lenguaje vocal y corporal se hizo diferente. Su propia madre lo notó, y entre sorprendida y temerosa de aquel cambio, decidió dejar de retarla, para ver por dónde iba la muchacha. Hasta que se dio cuenta que estaba embarazada.

Ripetti se va a llamar, y al que no le guste, puede irse al cuerno.

¿Quién es Ripetti? preguntó el padre de Rebeca, cuando al fin estuvo a solas con su esposa; eran un matrimonio que ya no solían compartir intimidad más que

en sesiones programadas y puestas en agenda con tiempo. “No tengo la menor idea”, contestó la esposa, que gateaba desnuda sobre la cama.

El profesor Repatti también notó aquellos cambios en la conducta de Rebeca. Primero la observó dejar de consumir refrescos, ahora pedía los mismos preparados de alcohol que él, si la llevaba a un restaurante; y no solo uno, varios. Le gustaba mucho fumar; y en la cama, sabía manejarse con mayor soltura. Cuando el embarazo comenzó a notarse, las murmuraciones vinieron acompañadas del crecimiento abdominal de la muchacha. El director terminó llamando a sus padres, y citando al profesor Repatti a la dirección; la comidilla en los corredores era inaguantable. Rebeca sólo sonreía mientras veía el rubor, en el acalorado rostro de su madre. Tuvieron que llamar también al ‘más-ter de másters’ de la universidad, el hermano del profesor, porque aquello se había salido de las manos; y los gritos y amenazas de los padres de la chica de dieciséis años rebotaban por todas las paredes de la escuela. Reclamaban su despido. La esposa del profesor interpuso una demanda de divorcio. Repatti estuvo a poco de ir a la cárcel acusado de estupro. Pero no lo golpearon como a Efraín, porque el padre de Rebeca sabía la clase de persona que era el hermano del violador de su hija. Para aquel papá la chica no existía y con sus dieciséis años aceptó por su propia voluntad casarse con un viejo de 56. Absurdo: “Las chicas de preparatoria no piensan”, había gritado el padre montado

en cólera sobre el rostro del director. Lo que ocasionó que toda la planta de profesores de la preparatoria, estallaran en risas: Lo mismo decía Repatti.

Rebeca había consumado su venganza. Pensó que todo terminaría en un aborto con el Dr. Chávez, como hacían sus amigas, pero su familia se opuso. La encerraron en su cuarto, ayudaron al profesor Repatti a conseguir su divorcio; y tras el nacimiento del pequeño Ripetti, la casarían con aquel hombre que parecía su abuelo.

Pero no ocurrió. El profesor Repatti fue encontrado asesinado en El Chac Mol, a donde había ido a festejar su anhelado divorcio. Se quiso poner exquisito con las chicas del lugar, y ya entrado de copas se llevó a una de ellas a los cuartos del hotel que aquel lugar tenía como anexo. Al darse cuenta de que su acompañante no era una chica, sino un hombre travestido, Repatti se hizo el indignado. Pero el joven exigía la paga, porque el acto había sido consumado: No reclamaste cuando me la metiste, ¿verdad?

Pensé que era tu gusto, no que no tenías entrada frontal. Fueron las últimas palabras del profesor. El chico le azotó la cabeza contra el suelo, tantas veces, que terminó asesinandolo.

Al saberse libre de aquel casamiento estúpido, que bien podría llevarla al manicomio con el paso de los años, Rebeca pudo sonreír gustosa. Era todavía 1981, se había librado del profesor, del matrimonio, y de que sus padres la trataran como niña: ahora podía encararlos. Podía incluso

abandonar la preparatoria, si lo deseaba, para hacerse cargo de su hijo. Era una mujer adulta, madre soltera, con toda la vida por delante. Además, había sido convertida en víctima de las circunstancias, la fecha de la boda ya había sido fijada y anunciada por la prensa; y ninguno de los fatales acontecimientos eran culpa suya.

Ripetti se llamará, dijo complacida.

## Como la neblina

El día que volví a ver a Lía es algo que aún no ocurre. Las noches neblinosas del puerto me han traído a los ojos —del cerebro— su presencia. Fueron pocas las veces que pudimos correr sobre los amaneceres, entre sudor, los hilos de la hamaca, sábanas, y su escaparse de mis brazos para regresar a casa antes de despertar las sospechas de su madre.

La conocí en la preparatoria. Era alumna en la nocturna y yo tenía la oportunidad de impartir algunas materias en lo que entraba a estudiar la maestría. No hubo flechazo, fue una erección a primera vista. Quizá fuera el cabello negro que colgaba hasta sus nalgas. O tal vez era aquello de mi amordazada homosexualidad de aquella época, porque su talle liso y sin pechos, de muchachito de 22 años me parecía excitante. Lo cierto es que todo comenzó con eso de sus constantes: “¡Qué me ves!” que se volvieron un susurro inaudible de labios rojos que dejaban escapar el silábico “¡Qué dia-blos-me-ves!”, cada vez que yo pasaba frente a

su salón; a lo que por única respuesta había una sonrisa de mi parte, y fingir que seguiría ignorándola.

Cuando eres maestro de preparatoria te quedan prohibidas las salidas con alumnas. ¡Pero ella tenía 22! Y entendí de golpe las ventajas de dar clase a personas mayores de edad, que no habían tenido la oportunidad de terminar su bachillerato en su momento, y que con el paso de los años y la vida por su cuerpo, decidieron volver para intentarlo. En la preparatoria nocturna había de todo, menos menores de edad, y eso era algo que aprendí a disfrutar en las piernas, las caderas, los talles delgados de algunas de las alumnas, como dentro del pantalón de algunos de los muchachos con quienes tuve oportunidad de departir alguna vez.

Como yo no sería aquel cínico que la citara en la escuela pudo la fortuna hacer que nos topáramos por una de las calles de la barriada. La suerte, la divinidad, el demonio es así. Ella vivía a solo unas cuadras de donde yo tenía mi apartamento de joven divorciado. Y se nos hizo fácil entablar algún tipo de charla: ¿Me está siguiendo?, soltó sin siquiera verme, mientras daba largas chupadas a una tutsi pop. Sus rojísimos labios de colegiala, como una pequeña ventosa alrededor de ese pequeño glánde rojo de caramelo:

—También es mi camino —y quise apurar el paso dejándola atrás. Reímos por la ocurrencia, y me acompañó hasta la puerta del apartamento.

—No diga que sus alumnas no lo cuidan. Le traje sano y salvo —lo cual fue una total mentira, porque me había rasgado tanto la ética de profesor como la conciencia que quería brotar en mi cabeza. Deseché la conciencia de un manotazo y la invité a pasar. Le ofrecí un refresco y respondió: “En serio crees que estoy tan flaca porque me la paso tomando coca-colas”.

—Comes paletas, supongo que tiene la misma cantidad de azúcar.

—¿Y te excita lo mismo viéndome chupar la paleta que tomando refresco?

Todas las mañanas, a las 6 am, tocaba, o más bien, aporreaba mi puerta con sus delgadas manos, de delgada mujer desesperada, y al abrirle brincaba sobre mí y me rodeaba la cadera con sus delgadísimas piernas. Toda ella se volvía una pequeña ventosa que se iba cerrando y succionando muchas partes de mi cuerpo, ensalivándome con esa gracia que solo una mujer hambrienta puede entender. Los Te amo, Te necesito, Dámelo, se decían sin impudicia. Y nos apretábamos lo suficiente para terminar jadeando. Y antes de que yo tuviera oportunidad de decirle alguna lindura, o una ternura, de esas que uno se ve obligado por la sociedad a recitar durante este tipo de encuentros, aprovechando que reposábamos del sexo, ella saltaba de la hamaca, o se bajaba de la cama, se metía sin calzones en los pants de corredora que traía, y desaparecía como la niebla al calentarse el día.

No tardé en darme cuenta de la presa en que me había convertido. Una mujer hermosa me iba arrancando de a poco, no solo el semen, sino lo poco que tenía de cordura; en cada beso en que nos fundíamos, el agua de su boca iba inundando cada uno de mis nervios, y hacía rebotar mi pasión por todas las paredes, por todos y cada uno de aquellos espacios que yo creía clausurados y que aún conservaba de mi fallido matrimonio. Y es que yo era de aquellos que se limitan después de haber probado las mieles de aquello que nombran amor, cuando comienzas a pensar que las relaciones deben caminar con esa manera de quererse en serio. Uno sale de un matrimonio un poco domesticado, aunque quiera aparentar que quiere devorarse el mundo, y cada paso lo das de a poquito, pensando que si te notan muy dispuesto parecerías un acosador, o un maniático sexual, del que todas las chicas pensarán: “Por eso lo dejó la mujer”.

Pero con Lía entendí lo que era aquello de ir perdiendo la cabeza por sentirse usado para el sexo. Y en vez de mirarme en los espejos de la mente y convencerme para decir “Déjate llevar y gózalo, ella sabe lo que quiere, y se nota que lo disfruta”, porque en cada orgasmo tenía que reconocer que ella se veía tranquila, risa que risa la sirenita; pero mis apenas 26 años y saberme producto de ese fallido matrimonio, me sentía tonto y poco dispuesto a disfrutar sólo lo cárnico de una relación. Me detuve a pensar que necesitaba el diálogo, la conversación, quería saber quién

era Lía, quería retenerla en mis brazos. Y a regañadientes, y como una forma de responder a mis cuestionamientos, y con mucho desgano comenzó a dar pedazos de esa historia que yo solicitaba. Tal vez todo fueran mentiras, quizá solo clichés que aprendió a decir: El sometimiento de sus padres. La prepa aún no terminada, aquello de la hermanita de cinco años, que yo siempre creí que era su hija. Hasta que fastidiada de mis preguntas y comportamiento me dijo: “No vine a conversar”. Lía gritaba y pataleaba, con mi verga en sus manos, lamiendo y succionando, lamiendo y succionando, sin dejar de mirarme a los ojos. Pero insistí: “Quiero que seas mi novia”.

Con sus ojazos de lechuza abiertos al máximo, en ese color negro profundísimo pude verme reflejado, y en verdad, hoy que lo recuerdo, me doy asco por haber sido tan cursi y pusilánime. Con mi verga llenándole la boca, al escucharme escupió el miembro, lo soltó, se paró en la cama, puso cada uno de sus pies al lado de mi torso, como un Coloso de Rodas, y desde aquella altura, dejándose admirar la desnudez que la hacía un monumento a la ira justo en el centro de mi cama y de la habitación, con el coño aún goteándole, soltó: “¿Te gusta lo que ves? ¿Así como soy, una chamaca sin tetas?”

Quise decir que sí, debí decirlo de inmediato; pero ella levantó las manos, comenzó a pasar el peso de su cuerpo de un pie al otro, moviendo las caderas, en un improvisado baile, y de momento me montó, y volvió a besarme

y a sacudirse con tal furia, hasta lograr que me corriera. Se vistió de prisa y, toda sonrisa, dijo adiós como última palabra. Cerró la puerta del apartamento con mucho cuidado, casi sin hacer ruido, como si no quisiera irse. Yo la miraba aún desnudo desde la cama, apenas contemplando su partida, sin poder añadir nada más.

Los días fueron pasando sin Lía. No volvió a la escuela. No volví a encontrarla por la calle. No volvió a golpear la puerta de mi apartamento. Y no ha sido sino esta bruma de Ensenada, que todas las mañanas cubre la bahía, la ciudad, los apartamentos, lo que me ha hecho recordarla.

## Perderse en Acapulco

No hemos vuelto a hablar de esa noche. Tuvo que ser una mala comedia romántica con tintes de película de Tarantino. Las imágenes corren del primer plano, luego se hacen lentas, la música no deja de sonar llenándolo todo, la garganta, los gestos, el transcurso de las horas, los pequeños olvidos cargados de desesperación, y la violencia desatada que a todos encanta. Lo cierto es que ninguno de los dos ha tenido los arrestos para volver a mencionar los hechos, las equivocaciones y el arrojo que nos costó poder salir de aquello, libres de culpa, pero con el remordimiento de casi arruinar nuestras vidas, y guardar en la memoria el recalcitrante golpeteo de aquel mar que nunca podremos apartar de los oídos.

Vi a Carmen apenas bajé del avión. Mientras caminaba hacia ella, que esperaba en los pasillos del aeropuerto, me percaté que vestía una halter, pantalones cortos de tela, lentes oscuros y recapacité en que no sabía nada respecto de

su vida. Solo la había visto en el taller literario que impartía, apenas tuvimos algunas conversaciones sobre los poemas que ella escribía y llevaba, como muchos otros, para que yo le diera mi opinión. Nada sobre sus gustos, sus amistades, el desarrollo de su vida. Sin embargo, sentí la necesidad de ir a buscarla, de asediarla, por ese impulso naciente en la punta de los ojos que corre dentro de la nariz y pica en la lengua, que algunos conciben como acoso. Lo cierto era que no me había importado quiénes eran sus compañeros ni su familia. Las ganas de tenerla solo me permitían pensamientos cortos destinados a llevármela a la cama. Era una desconocida.

El dejarme arrastrar hasta Acapulco era por la atracción que sentía por ella y brincaba por todo mi cuerpo electrizándolo. De nuevo a perseguir los olores de una hembra, y eso que la mayor parte de mi vida se había arruinado por estos escarceos. Había involucrado la vida de Esther para que decidiera renunciar a su trabajo en el impulso de estar a mi lado y seguirme a donde fuera, mientras lo único que yo quería era cogerme a esta flaca. Patético. Me sabía dispuesto a disfrutar a Carmen, pero ella no parecía de la misma idea, jamás dio señales de aceptación por su parte: “Tienes mujer, y yo quiero un hombre solo para mí”, dijo Carmen en alguna ocasión cuando nos detuvimos a pocos centímetros de algún beso que jamás ocurrió.

Esther no podía opinar. Teníamos nuestros propios infiernos: hoy te engaño yo, mañana lo harás tú, que nos

habían sumido en los reclamos hasta la violencia. Por eso decidimos escapar de esa ciudad y fundar nuestra vida juntos donde nadie nos conociera y construir un tiempo desde cero. ¿Entonces por qué ir hacia Carmen?

—Me ha dicho que puede conseguirme un trabajo en la Dirección de Cultura del Ayuntamiento de Acapulco. Ella ha hecho unos trabajos ahí, les habló de mí, de su maestro de taller, y dice que los convenció para darme una oportunidad. Será un buen sitio para comenzar de nuevo. Tenemos esa oportunidad.

El olor a coco que manaba de la piel y el cabello de Carmen me resultaba afrodisíaco, y su comportamiento distante me hacía pensar que venir a verla fue un error. Tal vez Esther me había mandado a Acapulco para tener sexo con Carmen; alejarnos un poco el uno del otro pensando que si algo me estaba desquiciando era mejor que me dejara vivirlo, para luego olvidarla y dedicarme para siempre a Esther. A nosotros. Tal vez yo la había forzado a creer en ese absurdo con mis tantos momentos deprimidos. Quizá solamente yo lo creía. Tendría esta noche, y era todo lo que necesitaba; una noche para arruinarme de nuevo la vida, porque Esther llegaría al medio día siguiente.

Carmen no estaba sola, la acompañaba su amigo Marv. Un chico delgado que vestía sport de algodón color melaza y pantalones cortos de mezclilla, calzaba mocasines rojos y portaba un sombrero pequeño de paja, que tenía enlazado una tela del mismo color que la camiseta sport.

Con los lentes oscuros que ambos usaban parecían hermanas, primas, más que amigas que se tomaban de la mano; doblaban las rodillas flexionando las piernas lanzando los talones hacia las nalgas, y aplaudían alegres mientras me acercaba a ellos. Estaban vestidos de manera artificiosa, y no sabía si eran parte de alguna puesta de escena hipster o si eran dos tipas salidas de una revista de moda.

—Marv también es diseñador, querido.

—¡Qué tal! —y qué cosa diseña, ¿clones?, pensé al verlos. Los ademanes del tipo tenían algo de los movimientos de Carmen; sus muecas eran una especie de copia que buscaba la perfección, un tipo de desdoblamiento. ¿De qué se trataba? Siempre me había parecido que en el arte del travestismo es necesaria la mimesis, escoger bien el modelo e imitarlo. No eran idénticos, pero tenían algo de cercanos. Como aquellos jovencuelos que buscando la aceptación terminan por formar tribus con qué enfrentar la sociedad.

Marv no dejaba de mirarme y sonreírle a mi amiga, cómplices de alguna broma que estaban a punto de jugarme. Su mirada no era de admiración, en su sonrisa y en la luz que expelían sus ojos había un patente deseo de estudiar cada gesto e intentar perfeccionarlo.

—Carmen te ve con buenos ojos —dijo el chico mirándome de pies a cabeza—, pero yo no, ni te creas. No me pareces ni la mitad de lo que me contara de ti. No y no. Marv se siente decepcionado.

Qué más puedo añadir a esa idiota forma introductoria de tratarnos. Quizá yo le daba demasiada importancia. Alguna vez Esther lo había expresado de la misma forma, y la miré con sorpresa, me sentí incómodo con su comentario: “Siempre estás analizando a la gente, apenas la conoces, la comienzas a mirar de una manera que irrita... como si quisieras meterte a su cerebro y entender el porqué de cada palabra, de cada gesto; uf, eres desesperante”.

—Solo bromea, así es Marv con todos; ya lo conocerás. En Acapulco, hasta parece una celebridad, todos lo conocen. Qué bueno que viniste, bienvenido a Acapulco, precioso.

No tenía ganas de estar con aquel tipo, ni con la Carmen con la que me había encontrado, que me clavó un beso en la mejilla, me rodeó con los brazos el cuello como si estuviera sujetándose de un antiguo amor al que recién volvía a ver; me supe dentro de un error desde el inicio. ¿Yo solo había venido a cogérmela? ¿No era eso? No me gustaba la escena ni el papel que estaba desempeñando; sentí el artificio en todo. Tenía razón Esther, debía cambiar de actitud porque mi forma de comportarme ahora, mi saludo, mi mirar, terminarían por irritarlos. Soy desesperante.

Marv, no me permitía dudarle, me miraba como si yo fuera sujeto de estudio, y eso me calaba y me hacía apretar la mandíbula. Tenía ganas de estrangularlo. De romperle la cara: Me tienes harto, ¡cállate!, y apenas habían pasado segundos de conocerlo. La pareja no me causaba confianza;

abordamos el Honda que llevaban, y manejamos hacia el edificio donde tenían su departamento. No me fijé mucho en el camino, tenía los ojos en la nuca de Carmen, en ese pequeño tatuaje de mariposa de perfil que no le conocía, que no tenía cuando la vi por última vez. Mi amiga estaba demasiado entusiasmada, sus ojos vidriaban, y se le notaba levantada con alguna pastilla que seguro se había metido antes de venir a recogerme al aeropuerto. No lo podía ocultar. Momentos antes de abordar el carro, en el estacionamiento, sus comentarios volvieron a dejarme intranquilo.

—¿Sabes? Ya no fumo, lo he dejado. Deberías felicitarme.

—Yo llevo varios meses sin beber —le sonreí.

—¡Qué par de aburridos! Carmen, te recuerdo que me prometiste una fiesta todo el fin de semana, y no me parece que pueda haber fiesta si tú y tu ‘amigui’ son un par de ancianos: una no fuma y el otro no bebe. Mira que me lo prometiste, Carmen —en verdad quería golpear al tipo.

Lo anterior lo dijo doblándole la muñeca a Carmen, quien lo miró, irritada. “Sabes que no tengo nada de aburrida. Habrá fiesta, cálmate. Marv”, entonces la soltó y ella le palmeó la espalda, para cruzar su brazo derecho sobre su nuca y mirarme.

—¡Qué bueno que viniste!, el lunes iremos a ver lo del trabajo, hice una cita y te esperan. Pero falta mucho para eso. Por ahora, quiero que te relajes, y me ayudes a hacer que te la pases bien el fin de semana.

Se volvió a acomodar en el asiento y con ambas manos cogió el brazo de Marv.

Al descender del vehículo, Marv la tomó del cuello, Carmen le retiró la mano mientras se apartaba de él, y me cogía del antebrazo izquierdo. ¿Te quieres bañar? Subiremos al apartamento de Marv, siéntete en casa. Haremos algunas compras y luego volveremos por ti. No te preocupes si tardamos, duerme si lo necesitas.

—Lo vas a necesitar —remató Marv como si nada, escupiendo una risa tartamuda, arrastrando las letras, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, mientras caminaba, y daba vueltas en puntas de pie, tronándose los dedos mientras subía las manos por encima de la cabeza. Carmen entonces lo miró, ya enojada, y Marv se encogió de hombros y comenzó a silbar. Yo los miraba, precavido.

—Si quieres descansar cierra un poco los ojos y deja que el tiempo vaya pasando. En Acapulco el tiempo las horas pasan sin que te des cuenta —y esa fue la promesa.

Una vez en el apartamento, me enseñaron aquel rincón ofrecido para dejar mis cosas, y el cuarto de baño. Si quieres comer, el refrigerador está repleto.

—Pero lava tus trastes —añadió Marv con toda ‘gentileza’.

Cuando se fueron aproveché para intentar charlar un rato con Esther por el teléfono, para contarle cómo estuvo el vuelo, decirle que la extrañaba. Llamé varias veces a la oficina, pero no conseguí contactarla. Decidí dormir.

Supuse que quizá ella también tenía que despedirse de alguien. ¿Me había enviado antes para poder cogerme a Carmen, o se había deshecho de mí para verse con otro? Debía dormir, lo necesitaba.

Las dos horas prometidas por mis anfitriones se volvieron eternas —era verdad aquello del tiempo, o se trataba de su poca cortesía—, me dejaron antes del mediodía y volvieron pasadas las seis de la tarde.

Después me vi caminando con ellos por la Costera Miguel Alemán, no apenas el sol se iba metiendo por la bahía donde todo era música, luces y bullicio. “Esta ciudad no duerme. Ya te darás cuenta. El tiempo se pasa sin que uno lo note”, repitieron. Todo son tiendas, centros nocturnos, restaurantes, el ambiente de diversión no paraba durante todo el día, y mis compañeros pensaban en buscar algún tipo de aventura que nos durara toda la noche. Miraba mi reloj, apenas eran las siete. ¿De dónde ha salido tanta gente sensual? A Carmen y Marv todo se les iba en cuchicheos y risas. Me estaban hartando. Los veía entusiasmados, y el no poder estar a solas con Carmen me enfurecía. Estaba seguro de que se habían metido algo más para mantenerse a tono en esa pequeña caminata, lo notaba en su mirada de pupilas dilatadas. Si quise dejarme conducir por ellos, fue por la alegría con que Carmen se portaba y debía participar del juego que ella proponía con su sonrisa como invitación. En verdad era hermosa. Solo

he venido a Acapulco buscando tenerla y morderla toda la noche. Comencé a excitarme. ¿Qué hora es en realidad?

—Vamos a ir a una fiesta en una residencia privada. Espero te animes —mi cara no era muy prometedora y ella se daba cuenta—; ya mañana que llegue Esther podrás buscar algo de tranquilidad por la playa; que también el puerto tiene esos sitios para relajarse. Pero para esta noche de viernes, lo mejor será solo disfrutar.

No quise preguntar más. Era notorio que no tenía ánimo para mucha acción; seguro estaba de que Carmen no pasaría la noche en mis brazos, y me estaba excitando ese olor de coco mezclado con el sudor a alcohol que ahora desprendía por todo su cuerpo. Me imaginaba su húmeda vagina y el agridulce sabor a orina que tendría en los labios después de comérmela a sorbos, pero era muy cierto que esa posibilidad estaba vedada. Pensaba igual en el coño de Esther, en dónde estaría su hermoso cuerpo, en su lejanía. ¡Me estoy quedando solo! Decidí que los acompañaría pacientemente, y en cualquier momento me largaría de ahí si me hartaba. Antes de comenzar ya pensaba abandonarlos.

Nunca he sido de los que abandonan una fiesta, pero mis cuarenta años, y el mundo que recién había dejado atrás eran suficiente freno para lanzarme a cualquier tipo de aventura. No era consumidor de drogas y ya no bebía alcohol. Lo mío no eran las multitudes, me gustaba salir con alguna mujer y charlar, era lo único que me apetecía, charlar a solas con una mujer, y si las cosas ocurrían meterme entre

sus piernas. Así ocurrió con Esther, poco a poco nos fuimos enredando las piernas, las palabras, los momentos que se fueron alargando. Y, sin embargo, si podía me pasaba la noche en otro cuerpo. Esas noches que yo la abandonaba, Esther hacía lo propio.

Nada más tenía significado aquella noche de viernes en Acapulco, ni las demás mujeres hermosas que clareaban sus ímpetus bajo las ropas, y desprendían los olores del éxtasis con cada movimiento de cintura; tampoco las luces me ilusionaban, ni el estilo hipster de aquel bar inicial donde haríamos tiempo para ir ‘estirando el cerebro’ como ellos habían declarado. Tampoco me pareció diferente el siguiente antro, ni la otra covacha a la que también me condujeron, y no porque fuese un conocedor de sitios de aquel estilo, sino porque mi ánimo estaba del carajo, me estaba aburriendo, todo me parecía artificial, no encajaba ni con el ambiente de alrededor, y a cada instante el Marv me encabronaba más y más, pues intentaba imitar a Carmen con los ademanes, era un hecho, ella era su modelo, lo imitable, su molde, se comportaba como el oleaje, un gesto de Carmen, y luego un gesto idéntico de parte de Marv. Copiaba hasta las muecas de la mujer que por muchos meses me había enloquecido.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté al oído a Marv.

—Me divierto, nene, eso hago —Carmen estaba entretenida en una charla con algunas personas de la mesa

contigua—. Pronto no podrás saber quién es quién, ya lo verás.

—¿Tu intención es parecerte a Carmen? ¿Ese es tu juego?

—Por partida doble, corazón; por partida doble —pero qué puta respuesta.

Tuve hambre y fuimos a comer algo ligero, luego caminamos un poco frente a La Quebrada, me asomé a la orilla, y resultaba sorprendente la altura de más de 30 metros a donde saltaban aquellos clavadistas, la estrechez del espacio de agua entre las rocas en el que caen me dio vértigo, y tuve que pensar en ese ingenio de las personas que surge del valor para conseguir dinero. Vimos el espectáculo de las ocho treinta, y me percaté que tenía varias llamadas perdidas de Esther. ¿En qué momento? Quise hablar con ella así que le marqué en diversas ocasiones, pero tampoco logré contactarla. La memoria voló hacia nuestro departamento, hacia su móvil rompiéndose contra la pared la noche que me confesó que para la infidelidad yo no podría jamás superarla: “Espero que no creas que puedes seguir rompiendo mis cosas”, me había dicho la tarde que compró el nuevo móvil en el que —maldita sea— no lograba contactarla. Se la debe estar pasando mejor que yo.

La residencia a donde nos dirigimos estaba rumbo a la laguna de Coyuca, al norte de Acapulco, en la salida hacia Ixtapa-Zihuatanejo, y claro que daba al mar; en su oscura playa recibía aquel sonsonete del oleaje que brinda

calma a quien se dedica a la contemplación, pero que puede dejar loco al que tiene mucho de neurosis dentro de las venas, como lo éramos todos los invitados a esa hora, atrapados en hormonas, dispuestos a los golpes de endorfina para olvidar las depresiones. Las estrellas remolinaban sobre mi cabeza, la noche era oscura lo que permitía aquel cielo tan estrellado.

Carmen sabía que me dejaba conducir hipnotizado en sus olores, oyendo aquel oleaje correr de mis oídos hacia mis pulmones, hacia mi cerebro. Su sonrisa era el cedazo que yo iba persiguiendo, tratando de atrapar con los dientes. Tan solo llegar a la residencia, bajaron del carro aprisa y corrieron hacia dentro tomados de la mano, y cargando consigo aquellas bolsas en que traían —me lo habían dicho— sus indumentarias para la fiesta. “Por partida doble, nene”; y se cargaban de la risa.

Me quedé un momento solo parado junto al carro. Saqué un cigarro e intenté fumar. Volví a tratar con el móvil, y me volvió a mandar al buzón de voz, así que le dejé un mensaje a Esther: “Por qué coños no contestas. Estoy con este par de locos en una fiesta, sepa dios en qué puto lugar. Es la carretera rumbo a Ixtapa, quizá conozcas, ya que acá pasabas los veranos cuando eras pequeña; en ese maldito puerto al que ya le estoy agarrando rencor por no dejarme descansar”; lo dije tal cual, como si fuera culpa del sitio y no de los personajes, o peor, como si la culpa de mi mal humor no la tuviera yo mismo.

—Dime que me veo fenomenal.

No le contesté a Carmen cuando regresó y se me puso enfrente. Me le quedé mirando. Traía una peluca negra de cabello lacio como la usada por la Thurman en Pulp Fiction.

—¡Te ves fenomenal! ¡Me encantas! —gritó Marv con una voz diferente, adoptando desde ya el personaje que representaría. Usaba la misma peluca, el mismo vestido, igual maquillaje, los mismos zapatos. Mi sorpresa no fue mayúscula; estaba un poco decepcionado, las “gemelas” eran paranormales. Se acercaron abrazadas por la cintura. Las dos de cintura pequeñísima, las dos sin senos donde retozar, pero imaginaba los rosados pezones de Carmen como la primera diferencia que sabía que no podría mirar, ni sentir, mucho menos lamer hasta gastarme. En ese improvisado caminar como un baile de can-can, venían hacia mí, y me ofrecían su risa, sus besos, su pelvis, giraban y levantaban el trasero. En esta duplicidad acepté que me iba ser difícil reconocer quién era quién; hasta le había copiado el tatuaje de la mariposa en la nuca. Y fue cuando me las representé a todas. A todas esas mujeres que me habían inventado desde hacía tantos años, y que yo sabía lograron afectar mi destino. Todas eran Carmen, todas eran Marv. Un día fueron trofeo y al siguiente, oscura memoria.

Lo que siguió aún no ha podido aclararse en mi mente. Esther me contó las partes faltantes cuando desperté

en el hospital, y ayudado de las notas de la prensa pude hacerme alguna idea de lo que pudo ocurrirme. Han pasado cinco días desde que diera conmigo, más bien, desde que lograra recoger mi cuerpo.

Con ternura, mientras me pasaba la mano por el rostro, acariciándome la barba, Esther me dijo todo lo que tuvo que hacer para dar conmigo, para localizarme. A su narración sumó los comentarios de los agentes de la policía que se portaron mejor de lo que Esther hubiera imaginado.

Marv logró escapar de ir a la cárcel por pegarle al agente que lo conducía al ministerio público, luego corrió desnudo por la playa aún con la peluca puesta, y se fue perdiendo entre las dunas, entre los matorrales hasta desaparecer. De Carmen ya no supe. Desde luego, no me presenté a ninguna maldita entrevista. Esther acudió por mí, aunque sea a disculparme, pero no había ninguna cita programada, nadie me esperaba ni sabía de mi llegada. Le dijeron incluso que no conocían a Carmen.

Marv siempre escapaba o lo dejaban escapar, luego nos pudimos dar cuenta. Era bueno para salirse con la suya. Esther quiso hablar con él al encontrarme, mientras yo seguía dormido en la cama de hospital. Pero no pudo encontrarlo en aquel departamento donde me habían alojado, sino en algún barrio a las afueras de la ciudad. Marv solo reía y le respondía todo tipo de negativas; pero qué son las negativas de un adicto, que apenas se encuentra despierto y en la cabeza solo tiene la idea de fugarse y salvar

el pellejo. Cuando tuve fuerzas para acompañar a Esther a visitar a Marv, sus amigos nos hicieron saber que era mejor no volver a poner el pie en aquel barrio.

—Ya no importa. Perdiste todas tus pertenencias, pero estás vivo, eso es lo más importante.

A Carmen no la pudieron encontrar. Se había desvanecido. Todos hablaban de la mujer de la peluca como si se tratara solo de Marv. Nadie tenía claro, tampoco, quién era el dueño de la residencia a la que habíamos asistido, y estoy seguro —por lo que recuerdo— que los consumibles eran tantos como para que cualquier hijo de vecino pudiera sostener a tantos invitados sin que las viandas, el alcohol y las drogas se agotaran. Tal vez nos habíamos metido a una residencia sin permiso. No era la primera vez que eso ocurría en el puerto.

Esther sufrió para localizarme —lo contó abrazada de mi cuerpo hecha un mar de llanto. Estaba feliz de verme despierto. “Creí que te había perdido”. Fue tardado localizar la residencia de la que nadie daba información. Y lo único que Esther tenía era el mensaje que le dejara en el buzón de voz, que hizo que los policías escucharan.

Arribó a Acapulco antes del mediodía, y su sorpresa empezó cuando yo no estaba en el aeropuerto esperándola. Llamó cientos de veces a mi móvil sin respuesta. Sabía el nombre de mis anfitriones, pero no sus apellidos, ni su dirección, ni dónde trabajaban, o de qué vivían. Ese mismo sábado puso la denuncia por mi desaparición, entre el

enojo, el sentirse abandonada, y la angustia que empezaba a correr por su garganta. Ya en un cuarto de hotel, y por las redes sociales, se puso en contacto con mis conocidos, pero nadie dio señales de mí. El domingo, pasado el mediodía la contactó la policía para decirle que empezarían a buscar. No era el único desaparecido ese fin de semana. Familiares de las otras personas reportaban una fiesta la noche del viernes y la madrugada del sábado. Comenzaron a indagar en la carretera rumbo a Ixtapa, hasta que dieron con la residencia.

Cuando Esther llegó al lugar la madrugada del lunes —acompañada de algunos agentes— quedó sobresaltada. La música continuaba. Luego de tres noches había personas que seguían bailando. Muchos aún bebían, otros cogían, la mayoría estaban desnudos. Los personajes eran separados por los policías y por familiares de aquellos desaparecidos, que los habían acompañado. Nadie fue violento, nadie fue grosero, nadie quiso huir, nadie puso resistencia. O eran risas o simples balbuceos de borrachos inconscientes. Hombres y mujeres eran conducidos sin ropa a las camionetas de la policía y de ahí a los separos. Quienes lo requerían eran llevados al hospital; ese fue mi caso.

Esther dio conmigo en el sótano de la residencia. En un colchón mugriento yacía junto a varias personas. Los orines, excrementos y demás fluidos lo manchaban todo. Por la descripción de la ropa y el tatuaje falso de la mariposa en la nuca, reconocí a Marv dentro su historia;

Esther me contó que aquel travestido tenía en la boca y las mejillas rastros de semen y sangre; yo tenía los nudillos amarillos, la muñeca derecha dislocada, el culo roto.

Quizá solo lo insinuara, pero quiero pensar que quise defenderme, quizá fuera necesario pensarlo así para que mi relación con Esther tuviera algo de lástima. Marv se había logrado liberar del agente que lo conducía y luego de soltarse corrió desnudo por la playa. Quizá fuera una iniciación, un ritual, vaya dios a saber, en mi mente todavía no está claro, quizá una seducción fallida.

Recuerdo los ojos de Carmen, recuerdo estirar mi mano hacia sus pezones que tanto necesitaba sentir para establecer la única diferencia con aquel marica, y también recuerdo escuchar su risa que escalaba por la habitación, que se volvía un recalcitrante sonsonete como de aquel mar que iba lamiendo la playa.

Lo de mi ano roto, y aquellas cortadas en el cuello, brazos y tórax casi me cuestan la vida. Mi organismo no tenía rastros de alcohol, pero había una farmacia dentro de mi sangre que me hizo dormir por varios días. Nadie fue a la cárcel. ¿Quién hubiera sido el cínico capaz de reportar una fiesta interminable de drogas, alcohol y sexo casual? A Carmen nunca la volvimos a ver. Esther y yo decidimos quedarnos a vivir en Acapulco y no volver a hablar de aquella noche. A veces vemos a Marv caminando por la playa, siempre hecho la fiesta personificada.



## Baja 1000 Baja 500

El niño había muerto arrollado por uno de los carros que participaban en la carrera. Era el lejano año de 2016. Las protestas habían comenzado sin siquiera una convocatoria y se habían violentado hasta ¿la tragedia? En Ensenada, tan lleno de carencias de toda índole, el internet se abría apenas durante cinco horas al día, y se repartía por zonas, desde la nueva disposición de la alcaldía. Se había logrado el internet para todos, pero era controlado por el gobierno federal. Por eso es que nadie pudo convocar “por redes sociales”. La única forma para poder comunicarse era mediante la telefonía móvil, gastándose tus datos. No había porqué pensar que los contrincantes del alcalde de aquellos días, el precario Marco Novelo Osuna, hubieran sido los que motivaran la reunión. Todo era por ser parte del pueblo, por la adrenalina, por ser parte de algo “grandioso”, por participar en la revuelta, y alcanzar la justicia que ya era necesaria.

Dicen que una chica de alrededor de veinte años fue la primera en levantar la voz. Que al principio todo se trató de un equívoco. La nena estaba esperando al novio para terminar con él. Consciente de que para los truenos era necesario hacerlo en lugares públicos, para evitar escenas. Martina decidió citar a su novio en la explanada del CEART. El joven llegó con la sonrisa imbécil pensando que aquel pleito de golpes, mordidas y moretones de hacía dos noches había quedado atrás. Martina tenía la obligación de perdonarlo, era lo justo, lo que debía ocurrir. Pero Martina aún con las marcas en el labio estaba decidida. Sin preámbulos le entregó un sobre: Ahí está la llave de tu casa. Pero Hesiquio no iba a aceptar que un pequeñísimo terrible pleito que había derivado en golpes terminara la relación.

—Ya no te quiero, entiéndelo. Has matado todo sentimiento en mí.

—Mira, ahora ya va a comenzar la carrera... (muchacha comenzaba a arremolinarse alrededor de ellos; los motores de las máquinas gruñían, mientras esperaban que al fin llegara el “alcalde”, tal vez vestido con minifalda, como le gustaba cuando había multitudes, llevaría un top de licra con la marca de una cervecera al frente, tacones de punta, paliacate rojo amarrado al pescuezo para agitar las manos señalando el inicio, como la diva que siempre fue. Las máquinas una vez más lanzarían aceite por todas las zonas naturales de Baja California, arrastrando

la vegetación, espantando a la fauna, y contaminándolo todo, mientras aquellos besadores de culos gringos cantan el aleluya de recibir más dólares), ...y no voy a perder mi tiempo contigo discutiendo estupideces. Tú siempre vas a ser mía. Ten la llave, guárdala, y déjate de pendejadas.

Martina lo ignoró, dándose la media vuelta dispuesta a irse; pero Hesiquio la jaló del codo. Fue cuando dos jóvenes mujeres que pasaban cerca de ellos se dieron cuenta e increparon al chico: ¡Déjala, no la jales!

Y una de ellas comenzó a gritar: ¡Maldito! ¡Este maldito nos está golpeando!

Hesiquio retrocedió, pero a su alrededor, como salidas del suelo, o caídas desde las alturas, se habían juntado decenas de mujeres y venías otras más para formar multitud. Eran las mujeres que hipnotizadas ya estaban ahí como formando parte del paisaje, como estatuas al lado de los hombres y sus carros, calladas y mustias, observando. Con el primer '¡Déjala!', despertaron del letargo, del hartazgo en que vivían sumidas.

Los motores seguían sonando. El alcalde Novelo Osuna taconeaba su presencia, rodeado de los mismos besaculos de siempre, pero fiel a su estilo, estaba dispuesto a las fotografías, no para resolver problemas sino para la portada, la mejor portada y las ocho columnas de todo periódico. Mujeres rodeando a un tipo, y los gritos que iban escalando sobre los rostros llenos de furia, no eran material suficiente que debiera importarles, no al alcalde, sino solo el

poderío de los flashes, del encuadre en que los fotógrafos lo tenían complacido. A los que sí les importó el barullo del “macho rodeado” por tanta fémica, fue a los “machines” de los sonoros motores, que dejaron sus unidades para ir a rescatar a un hombre de su hermandad aceitosa.

Al leer la prensa de aquellos días, todavía me preguntó, ¿para qué lo hicieron?

Las mujeres al verse señaladas por los dedos manchados de aceite de aquellos tipos, al mirarse una vez más acusadas por aquellos machos, perdieron los estribos, y los golpes comenzaron. Una de ellas extrajo una pistola tipo escuadra de su camioneta, y comenzaron los tiros. El alcalde corrió a esconderse, taconeando por toda la plaza del CEART. Sus lambiscones lo habían abandonado, típico. Martina asentó un golpe bien dado sobre aquel gilipollas, rompiéndole el tabique. Pobre hombre, no quedó nada de él luego de que las mujeres se lanzaron sobre su cuerpo.

Como hienas lo habían despedazado, enervadas por el ruido de los motores de los tipos que huían aterrorizados ante la cacería de ogros que se había desatado. Las mujeres ya estaban hartas, cansadas, asqueadas, eran incapaces de soportar una nueva humillación, y el hartazgo escaló sobre la furia hasta romper años de opresión y lavarse la culpa en la sangre y llanto de los hombres que lograban alcanzar.

No fue solo Hesiquio la víctima; cuenta la leyenda que ahí quedaron más de 250 hombres muertos y desfigurados. Cuando el odio es tan intenso se quiere borrar la

sonrisa y el rostro de los malnacidos. La matanza se alargó por horas. Mujeres de todos lados habían tomado toda Ensenada. Ahí bajo el puente peatonal de la universidad, en El Sauzal se habían creado barricadas, como en la avenida Reforma a la altura de Maneadero, o en la carretera sobre la salida a Ojos Negros. No había escapatoria. Si eras hombre debías quedarte en casa. Los altavoces lo fueron diciendo toda la tarde. Muchos quisieron escalar sobre los montes, pero hasta ahí fueron a buscarlos.

Aquel cobarde gringo, que se nutría de dólares por organizar cada año el ecocidio que tanto enfadaba a los silenciosos y poco resueltos ensenadenses, huyó despavorido por el arroyo Ensenada que partía la ciudad en dos, y ahí fue cuando alcanzó al niño que se había cruzado en su camino. El fotógrafo del periódico *El Mexicano* captó el momento preciso en que asesinaba con su auto al pequeño. Decidieron que esa fuera la única foto que se publicara, y aún así le perdonaron la vida (hombre al fin) y lo protegieron para llevárselo a Tijuana sano y salvo. In God We Trust.

Las mujeres dieron el golpe de autoridad ese día.

Nadie supo más de Martina. A ciencia cierta nadie la recuerda del todo, porque en el evento no hubo liderazgos asumidos. Tal vez ni se llamara Martina. Todas somos Martina, era el grito. Martina, gran leyenda.

Había sido tan solo una enorme catarsis que se había desatado y que había crecido y crecido en la matanza de los

hombres que se atrevían a seguir por las calles. El alboroto fue calmándose al caer la noche. A eso de las 8.30 p.m. todo había terminado. Las mujeres se habían lavado con el agua de la fuente danzante, muchas de ellas cargadas de adrenalina se metieron desnudas a la bahía, chapoteando unas contra otras, corriendo por las arenas de Playa Hermosa.

Atrás quedaban los autos incendiados, los hoteles tomados, todo el griterío, todo el dolor y las lágrimas. Se trató de una matanza de hombres generalizada.

A las 9, se cuenta que el alcalde Marco Novelo ya se había quitado todo el maquillaje. Se enfundó con tristeza su pantalón caqui, salió de su escondite, y a los pocos personajes que aún estaban bajo su cargo, aquellos que no estuvieron a la hora de la matanza, y que volvían del sur profundo del municipio más grande de México, les dio orden de recoger todos los cadáveres.

Fue ahí, en el cerro del Vigía, donde acumularon los cientos de muertos. Todos los autos fueron lanzados a los yonques de la avenida Sokolov. El alcalde dio orden para que nada apareciese en la prensa. Todos callaron por miedo e incredulidad. Las mujeres de Ensenada siempre habían sido fuertes, y ahora lo habían demostrado, ¿podríamos culparlas?

50 años han pasado. En su lecho de muerte, mi madre me ha contado esta historia. Su sonrisa era diabólica al relatarlo, y a ratos escupía algunas risas negras.

## Tríptico de ojos

Atrás han quedado los cotos de caza, desocupados aún. Ya no hay más carretera, la línea gris en que había depositado la mirada se ha vuelto este polvoriento camino de arenas, con yerba a los costados y en el centro. Hemos entrado quizá demasiado rápido en el recorrido de las dunas, ya se ve el faro de El Palmar. Las entradas al humedal marcadas por letreros que van desde el No tirar basura, Prohibido cazar, hasta Zona de Cacería permitida nos van saludando marcialmente. Los dos estamos fumando para espantarnos un poco los moscos.

Fabián me llamó a las once de la noche para pedirme el favor de acompañarlo. Yo estaba en casa de Leticia, saboreando el sudor persistente de su carne. No podía negarme; lo había dejado claro.

—Me la debes Alejandro.

Conocí a Fabián dentro de las ciénagas, me ayudó a evitar que me detuviera la guardia forestal pues había salido de cacería sin permisos y cobré varias especies protegidas.

Las manos duras y el cuerpo elástico de ese hombre no me permitieron confiar desde el principio. Fue el encanto que tiene al expresarse, el movimiento en los ojos, las risas y albures de su pensamiento ágil. Era el centro de atención de los que lo acompañaban. Esbelto, chaparro, pero con los músculos exactos que le hacen verse más ligero de lo que en verdad es; sabía ganarse la atención de los demás, esas fingidas amistades que siempre percibo en otros pero por las que jamás me he dejado arrastrar. Ahora que lo he mirado violentarse, reconozco esa mirada endurecida cada que se topaba con un silencio. Siempre estaba sobre los demás, reconociendo sus gestos, arqueando las cejas y tensando los músculos cuando alguien al fin lograba ganarle un juego de palabras:

—Ora si caíste, putito —dijo Carlos y Fabián sonrió, mientras sus ojos parecían arrancarle la piel. Su humor desapareció una fracción de segundos. Al recordar, lo hago cuadro por cuadro, los signos de su furia ahí estaban. No debí venir, debí negarme a acompañarlo, fingir cualquier cosa. No quise darme cuenta. No pude preverlo. Más bien, no tenía oportunidad de zafarme de su invitación.

La madrugada cuando lo conocí, su grupo de cacería había ganado el chuk que los guías que contraté monitorean desde la tarde anterior. Por eso querían, a punta de escopeta, competir por recuperarlo. Los compañeros de Fabián no estaban dispuestos a irse, y nos hicimos de palabras. Nunca he sido adicto a la violencia, menos cuando

me muevo en la ilegalidad, no hay que llamar demasiado la atención. Me gusta ir de cacería, sin aspavientos, jamás respeto las reglas del juego, sobre todo cuando puede costar muchos pesos; por eso no permití la riña, preferí retirarme. A disgusto de sus compañeros, Fabián me pidió que me quedara.

—Hay lugar para uno más, no hagas caso a estos cabrones. Quédate. Me gustan los hombres que no les tiembla la mano —Carlos miró a mi reciente amigo, y disparó hacia las cercetas que cruzaron tras de mí. No me moví, miraba de frente a Fabián, y su rostro de sorpresa me arrancó la sonrisa.

Aquel día la jornada no estuvo mal. Cobré más de dos veces las aves permitidas: cercetas, gallinolas, patos mayores. Cuando nos cayó la guardia forestal, Fabián entregó el número de cintillos suficientes que ampararan su cacería y la mía.

—Viene conmigo —dijo, y no me solicitaron la licencia de caza, que por supuesto no tenía.

Nos hicimos compañeros para el campo. Comencé a verlo seguido, yo había doblado la guardia. Íbamos de cacería haciendo bromas sobre las mujeres y las conquistas. Confié en él, y dejé crecer la calidez entre nosotros. Hablamos de los fracasos de ambos, de las pérdidas y del miedo. La cacería se hizo más humana.

Mientras esperábamos la luz del sol, flotando sobre los cincuenta centímetros de profundidad de agua

ambarina, Fabián habló de su reciente matrimonio. Yo, de mi paso fugaz por las mujeres. Él había despilfarrado los años, y a sus cuarenta (once años más que yo) pensó en sentar cabeza, al menos, así lo haría parecer para la sociedad en que se desenvolvía.

— Hay cosas que no se puede evitar —aclaró mientras encendía un cigarro, con la sonrisa sincera; signos de una amistad que yo no buscaba pero que tampoco quise evitar— no te negaré las canitas al aire. Pero hay que dar a la gente lo que quiere. Ella está feliz en casa, en espera que un crío la marque socialmente. Yo puedo distraerme en lo que quiera, sin que me moleste. Mientras no le niegue nada, ella lo permite todo.

Subimos los escalones hacia la cima del faro. Las piernas se hacen cada vez más pesadas. Él va adelante, su decisión ha endurecido los músculos, y su piel tiene un brillo por la sudoración abundante. Subo con lentitud, quisiera prolongar el momento. La humedad y la cal con que han recubierto las paredes de los escalones me hacen estornudar.

Fabián tiene una cicatriz en la frente que le cruza el rostro hasta la sien derecha. En ocasiones, cuando la luz del sol apenas asomaba entre los mangles y el agua de la ciénaga sólo es una alfombra color durazno, en esa bruma matutina, el rostro de Fabián me hacía estar precavido, era como una máscara para el día de muertos.

—¡Esto! —señaló su frente descubriendo mi morbo—. Un cocodrilo salió del agua, y echamos a correr. Caí sobre una rama antes que un compa acertara su disparo. Estuvo así de cerca.

Con ayuda de un spotlight hemos encontrado desde la altura del faro, el sitio donde Carlos dejó su camioneta aparcada, ahora vamos a su encuentro. Duna tras duna, el grito de las garzas que levantan el vuelo con el sonido del motor incendia mi fe en la naturaleza. Ahí nos esperaríamos, según Fabián, que se veía bastante excitado, sonreía tal vez demasiado, y eso me ponía nervioso.

Pasó por mí quince minutos luego de colgar el teléfono. Me prestó ropa, y accesorios; había llevado a cenar a Leticia y me quedé con ella. Fabián no quería perder el tiempo en permitirme ir a mi casa por mis cosas. Ya en carretera me ofreció cerveza. La bebí de golpe, fumé un cigarro y no quise beber más. Estaba enojado por haber accedido a acompañarlo así de improvisado.

—Me la debes, Alejandro —debí mandarlo a la chingada.

Empezó a hablarme de Carlos. Yo lo recordaba poco, de esa vez cuando Fabián me ayudó. Pero nunca lo volví a ver, y no recuerdo que él lo mencionara demasiado. Ahora cazaríamos los tres. Uno debe cazar con sus propias armas, pero hoy tendré que usar las de Fabián.

—Pinche Carlitos nunca ha podido conmigo, y escúchalo bien, jamás podrá.

Yo escuchaba el rugido del motor de la camioneta 4 x 4, y buscaba que el viento me golpeará el rostro, tener un poco de frescura, sudaba por el calor de esa noche, calor artero, y por el recuerdo de la desnudez de mi Leticia, sus exquisitas piernas.

Parqueamos la camioneta junto a la de Carlos. Estaba solo. Lo supe por las huellas en el fango. Iremos hacia él en otro alijo.

## 2

Cuando uno es cazador suceden dos cosas en cuestión de mujeres: que se acostumbren a tus largas ausencias o que te acompañen en las aventuras. Se emocionan y te acompañan al principio, pero cuando entienden que, durante la temporada de cacería, uno tiene que estar de jueves a domingo en el monte, en los humedales, dejan de disfrutarlo. Todo es coger un poco con ellas y largarse a la espera, bajo las hojas de mangle, con las botas mojándose, y la ropa enlodada. Ellas se quedan enojadas, buscando olvidarnos.

Cuando el teléfono me hizo dejar el cuerpo de Leticia, no pude negarme a acompañarlo. Colgué y ya nada pudo decidirme al orgasmo. Me quedé disfrutando, solamente de mi novia, acariciarle el cabello, tan largo, mientras pensaba en la voz de Fabián.

—Lo siento —alcancé a decir mientras perdía la erección. Y ella se recostó sobre mi pecho. Se levantó y arrastrando la desnudez, goteando el sudor sobre el suelo, marcando en sus huellas el calor que iba cediendo, se alejó hacia el tocador. Se sentó en el taburete, de frente al espejo y comenzó a peinarse los cabellos.

Encendí un cigarro e intenté no pensar en ella. Pero Leticia vino a mí desde esa calle donde nos cruzamos. Donde casi la arrollé con el jeep. Dejó caer las cosas que cargaba por el susto, y me bajé a ayudarla. Yo vestía mi ropa de campo, camuflajeada hasta la gorra.

—¿Estás bien? —se había llevado las manos a la boca. Le invité a subir al jeep y la llevé a su casa—. Me quedaré un rato hasta que se sienta bien.

Nos vimos después hasta volvernos cariñosos, sin sentimentalismos de por medio. Han pasado seis meses. Me he acostumbrado al movimiento de su cuerpo durante el orgasmo. Pienso que quizá no pueda alejarme ya de esta mujer. A pesar de sus constantes silencios cuando me voy de cacería. Siempre que regreso y le hablo, me permite ir a su casa a pasar la noche bebiendo el sudor de su piel.

Horas después, sigo pensando en ella, tratando de rumiar el enojo. Ella y las preguntas constantes, el silencio imaginario de su alma. Escucha mis aventuras sin ánimo, no comparte el amor por la cacería, ni por la persecución de adrenalina, su silencio era un triunfo para su carácter.

Sentada en el taburete del tocador, ella volteó hacia mí. Sus pequeños pechos respingados, el costillar midiendo su respiración, la vellosidad humedecida del pubis.

—Hoy no quiero que vayas...

No quise contestar. Di una chupada larga al cigarrillo.

Ella encendió el propio y bajó la vista para mirarme las piernas, mientras yo me levantaba de la cama para ir hacia el baño...

— O quizá sea mejor que no regreses...

### 3

Cuando Fabián terminó la oración, arrastró la letra r como un presagio que se elevó al viento, y fue quedándose detrás de la camioneta, junto al pensamiento de Leticia; y haciéndolo a un lado. No debí haber aceptado acompañarlo.

—Lo voy a matar —y sostenía la sonrisa hacia mí, yo dejaba que el aire me acomodara los oídos.

—¿Qué dices? —en ese momento supe que debía prestarle atención; regresé el cassette de mi subconsciente, para intentar recordar las palabras que había estado pronunciando mientras manejaba; dejé de pensar en las posibilidades amorosas que tenía en puerta. Quería imaginarme al lado de Leticia, y las sombras de mi soledad me gritaban al oído que nunca se acostumbraría. No estás

hecho para vivir en pareja, lo tuyo es la soledad, la espera, el vivir entre lodo, yerba, sol, lluvia, eres una bestia acostumbrada a la libertad. Entre los pensamientos recuperé algunas frases del hombre que manejaba: Es necesario, ¿no lo crees? En ocasiones esta gente merece un escarmiento. Bebe un poco. Leticia y sus humores, esos olores que me cubren la piel durante días enteros, y nada, con la brisa, solo moscos y sonidos nocturnos. Me empiné la botella de whisky, el sabor me raspó la garganta y me volvió a la vida. Tenía que estar alerta.

Leticia fue disolviéndose en la bruma. Las estrellas quietas en el cielo. No hay viento. Las cigarras hacen estallar sus ruidos, empujándolos hasta el oído.

—¿Me traes para que sea testigo? ¿Qué te hizo?

—¿Acaso la muerte debe tener razones? Si lo encuentro se lo lleva la chingada, ni hablar. Es un parásito.

—¿Y yo que tengo que ver?

— Me lo debes.

— Me ayudaste con la chota; ¿qué cosa te debo?

— Me debes la emoción. (Hizo una pausa cargada de una mueca idiota). Esto te encantará. No quería que te lo perdieras —reía, el muy estúpido.

Lo supe en su mirada, en sus movimientos. Nada haría que se echara para atrás. Las armas son de él, y solo él sabe si están cargadas. Es más fuerte que yo, y por mucho. Ante cualquier intento de mi parte, me acabaría sometiendo. En su cara quedaron marcadas las formas de la

violencia. Esa cicatriz. La luna es una moneda gigante tirada al aire que se quedó pegada al firmamento, y el azar tiene mi vida en vilo. Él maneja las escopetas y carga el maletín con la caja de tiros.

—¿Será un accidente de caza?

—No comas ansias, Alejandro.

—¿Te traicionó en los negocios?

—Veélo como parte de la diversión —la marca que le cruza la frente se arruga y alisa, como si estuviera hablándome.

Al bajar la nevera, unas gotas de sangre me embarran las botas. Fabián me pone la escopeta sobre el cuello.

—Ábrela —en el interior está la cabeza de una mujer dentro de una bolsa de plástico; pedazos de carne humana, bajo de algunas cervezas. Retrocedo—. ¡Vamos, bebe una! —la destapo y bebo de un golpe todo el contenido. El viento que había comenzado a soplar, de nuevo se apaga. No se mueve ni una hoja. Los moscos arrecian. La luna me arranca la sombra y la estira hacia el agua de la laguna costera.

Me ordena subir la nevera al alijo. Me da los remos y me pide navegar sobre las aguas oscuras del humedal. Puedo escuchar los aleteos de las cercetas que pasan a mi lado, el chapoteo de los peces que se alejan de nosotros. El chirriar de las cigarras. El eco de los disparos a lo lejos, es el punto al que nos dirigimos.

Fabián tiene su lámpara de cazador apagada. No hay viento. Arrecia el calor por el nerviosismo de tenerlo de frente empuñando la escopeta. Carlos tiene su luz encendida. La mueve y sin saberlo nos señala el camino. Fabián me explica lo difícil que será ser considerado persona de credibilidad, por vivir en la ilegalidad constante. Soy su coartada. Estoy con él en esto, aunque yo no quiera. Debí tramitar mi maldita licencia de caza.

—A esta pendeja le rompí el cuello —patea la nevera mientras bebe—. Es hora de arreglar cuentas con Carlos —¿debe importarme? Las piernas de Leticia apretándome las caderas. Es rico llegarle al fondo. “O quizá sea mejor que no regreses”. ¿A dónde huir? Esto es en verdad la soledad.

—Quita esa cara de espanto. Sólo es otro día más de cacería.

Giro el alijo para llegar por la espalda a la silueta de Carlos que una luna tenue nos permite advertir, Fabián se agazapa, hago lo mismo. Le llegamos por atrás en silencio.

Dejamos que el impulso del último remazo nos acerque a la sombra de la presa. Fabián salta al agua, mientras levanta la escopeta y suelta el primer disparo que le atina en la pierna. No hubo aviso alguno. El rostro de Carlos no me conmueve. Nada tiene sentido. Las aves se levantan hacia todos lados. Una regla dice: Jamás salgas al campo solo, Carlos debió saberlo.

—Grita todo lo que quieras —Fabián ríe—. ¿Quién tiene la última palabra ahora, eh, putito, eh, putito?

La sangre se vierte sobre los cadáveres de las aves que Carlos había cazado. La poca corriente hace que la barcaza oscile lentamente en su flotación. El rostro de Carlos muestra los signos de una borrachera apenas comenzada. Los mocos y las lágrimas se pierden en el agua pantanosa que le ha pringado el rostro. Grita, grita tanto que no logro escuchar nada, sus gritos han saturado mis oídos.

—Vamos hasta el cenote —me ordena Fabián.

Al fondo del humedal, por la zona del faro, hay un cenote donde acostumbrábamos a ir a pescar sábalos. Es una garganta de la tierra, no tiene fondo, o si lo tiene sobrepasará la media centena de metros. Fabián enreda una soga a las piernas de Carlos. No está muerto, pero sus ojos han enloquecido. La mordaza le impide gritar por el terror cercano de la muerte.

—No que muy machito. ¿Quién es el chingón ahora? Como te gustaba mi vieja, te la vas a llevar contigo —con la misma cinta adhesiva con que le he cerrado la boca, amarra la nevera con los restos de la mujer en su interior al torso y brazos de Carlos. Son varios los objetos del contrapeso: la nevera, las armas y la caja de municiones de Carlos. Servirán como plomada para enviar los dos cuerpos hacia abajo.

La camioneta de Carlos ha quedado abandonada en el sitio en el que la dejó. Pasarán al menos dos días para que vengan a verla y comiencen a preguntar, ¿qué ha sucedido? Fabián había dejado la casa de su esposa hacía dos

semanas. Esta noche ella y Carlos “vendrían de cacería juntos”. Sorprendió a la mujer preparándose.

—Esta zona está plagada de cocodrilos. Las distracciones pasan. No se debe ir solo de cacería, una regla es una regla.

Cuatro treinta de la mañana. Nos detenemos en otro indicadero de caza, hay otras camionetas. Fabián se baja. Lo saludan los cazadores que se preparan para entrar al humedal.

—Creímos que no vendrías —se acercan a saludar.

—Quieres una cerveza —dice uno de los hombres. Agarro una lata con la mano temblorosa aún. Las piernas de Leticia y el largo silencio de despedida pasean por mis labios, se atorán en mi garganta, me pican en la lengua. Fabián sonrío y platica animado, es el mismo de siempre, atrayendo la conversación. Comienza a amanecer y, a lo lejos, puedo ver la luz del faro de El Palmar, dentro de esta bruma que se extingue. Leticia se recoge el cabello y sin voltear a verme deja salir las últimas palabras: “No quiero volver a verte”.



## Los senderos de Ensenada

Hay algo en Ensenada que ha hecho fuertes a las mujeres. El espíritu cucapá, el alma kiliwa, lo pai pai que tienen en los genes. En la neblina reptan el monstruo que se devora la ciudad y moja las ropas, las pieles. Es la cercanía a la frontera, el aislamiento —u olvido— de la capital de la república, que siempre la ha mantenido en el olvido. O todo al mismo tiempo. Las nieblas devoran los colores sumiendo al puerto en una atmósfera de ensueño; los calores aparecen a la mitad de octubre con polvos del desierto de Arizona, es la condición Santana que tapa la nariz y enrojece la mirada. La voz de las rocas que no dejan de moverse por los cerros. Los cuervos han mutado en gaviotas de un graznar lastimoso salidos de algún cuento de terror. No sé qué cosa sea, pero cada mujer que camina calles, avenidas, sube y baja cerros, se cuelga del patético transporte público, hace un alto en cada esquina, deja la mirada planear por las mostazas arenas de las playas, tiene ese poder en las pantorrillas, las caderas, en esos labios.

Esa fuerza surge en la palabra de las mujeres que se han hecho madre y han construido una historia de éxito al paladear la libertad en la punta de sus vestidos, de sus zapatos. En la feminidad o el pundonor en que se miran conscientes y dispuestas a ir por más, a cada instante, las mujeres de Ensenada son diferentes, por eso algunos imbeciles intentan desaparecerlas. Pero aquellos espíritus seguirán corriendo libres entre las praderas.

Alegres aún en la carencia, bravas con el silencio, imponentes en el deseo de libertad, de su interactuar con otras mujeres o con los personajes del sexo opuesto. Las mujeres de Ensenada no se achican. Tendrías que conocerlas alguna vez.

Susana lo supo desde muy joven mientras corría la libertad de sus piernas en Isla de Cedros, mientras abandonaba los tenis para correr descalza y sin preocupaciones ni ataduras por las arenas; años después seguiría corriendo y caminando por todos los senderos de esta Baja California, con la cabellera metiéndose a la sal del ambiente, para que sus ojos inauguren paisajes, y levante los brazos como águila o dragón a punto de levantar el vuelo desde cualquier cumbre. El desierto, el mar, la montaña, las rocas peladas, los viñedos, los agujajes, aquellos ranchos que la vieron conseguir ser quien sigue siendo. Susana, y sus cuatro hijos, cruzando la Baja California desde el Pacífico hasta el Mar de Cortés caminando, porque caminando es como se recorre esta tierra. De costa a costa.

Esta península tan singularmente plena de misiones, arenas, historias para perseguir el oro, la historia, la fama, la sobrevivencia.

Susana ya en el puerto de Ensenada desafiando la voz y la educación de aquel padre mariner, que desde Oaxaca había escapado puerto por puerto hasta encontrar a la chica de catorce años que decidió ser su esposa. Y es que los marinos, los vaqueros, los perseguidores de sueños entre el aguaje siempre se hacían viejos en la soledad del polvo hasta tener ‘algo’ con que atraer una familia y pedir matrimonio a una mujer hecha y derecha de trece o catorce años.

Baja California se ha creado en esa diferencia de edades que fundaron poco a poco las familias. Él, vaquero, trabajador de rancho, católico, de 38 años, ella, natural de Manzanillo, Colima, edad trece años, y notas como éstas puedes encontrarlas si revisas los compendios de matrimonios de las familias que fundaron Baja California: ellos de treinta o cuarenta años, lo menos, ellas de trece, catorce años, las más. Familias que deciden entregar a sus hijas, esperando por ello haber hecho un buen negocio, tanto para la chica como para la familia. Así es como se fueron conquistando estos espacios dorados por el sol.

Los padres de Susana no iban a ser ajenos a la tradición. Y formada la familia, fueron llegando de a poco los hijos. Susana la tercera de siete. Los años en Manzanillo fueron primicia, y el viaje a esta península donde habría que empezarlo todo de nuevo. Para Susana siempre ha sido

empezar una y otra vez, qué importa, el cielo es siempre la meta de los sueños que se alcanzan con cada caminata, al perseguir la felicidad de manera constante y sin ambages; cada escalada le forja los muslos, las piernas, la espalda, los pechos, los hombros, en cada sendero se va comiendo la mente la distancia de reconocerse poderosa. Una hembra en guerra para esta Ensenada que planta la huella en la arena y eleva la vista hacia el Pacífico, desafiante, para recibir al sol con la mirada dulcificada en la experiencia de haber conquistado una nueva ruta sobre las serranías.

Ahí estaba Susana lanzando suspiros por aquel chiquillo de secundaria que le robaba el aliento y tal vez la hacía babear como otras secundarias. Susana supo que era como un trinar de pájaros, fuerte para cada herida en los pies descalzos, y no iba a tolerar la soberbia de nadie. Menos de un chiquillo con aires de vanidad sobrevaluada.

—Dice Ramón que si quieres ir al parque con él. Supe que se te va a declarar solo para demostrar a todos que te estás cagando por ser su novia.

Susana apretando la mandíbula lo supo; pero qué pendejo. Y paseó la vista por la plaza cívica del colegio: ¡Hey tú, Julián!, llamó al chico que siempre quería acompañarla a su casa, y a quien mantenía a distancia. ¿Sabes por qué no te dejo acompañarme a casa? Julián no supo cómo de un momento a otro se había vuelto la presa.

—¿Porque no te intereso? —contestó dudoso el chamaco.

—No, tonto. Porque no eres mi novio... —Susana hizo una pausa para cederle la palabra.

—Si quieres podemos serlo.

—Seamos novios entonces. Ahora tú —le dijo a su amiga— dile a aquel pendejo de Ramón que no se atreva a pedirme algo porque tengo novio.

Así comenzó Susana la relación de noviazgo con el chico que terminó por darle cuatro hijos. Para Susana los niños son el único amor, como lo ha sido caminar y caminar siempre por los senderos de Ensenada, el territorio municipal más grande de México, del mundo. En cada caminata siente cómo van cayendo de sus músculos aquellos problemas, las venganzas, los rencores que se le cuelgan todos los días. A los 45 años no le quedaba duda. Caminar era pensar. Caminar era desestresarse. Era su propio espacio para el silencio, para concentrarse en sí misma; respirar profundo y sentir la sangre corriendo por todo su cuerpo. En esos instantes de la caminata todo lo demás no tiene cabida, ni una voz, ni un recuerdo, solo ella y la mirada hacia adelante.

Las tristezas no hacen mella en Susana. Lo sabe.

Lo descubrió poco a poco mientras iba creciendo su cuerpo y su cabeza iba llenándose de esas pequeñas, a veces trágicas experiencias. Julián que quiere estar siempre a su lado. Julián que quiere que deje de estudiar. Julián que quiere entrar a la misma escuela que ella. Julián que abandona la escuela y le pide a ella que abandone también, que

cómo va a seguir estudiando si Julián puede hacerse cargo de su chica. Y aquella insistencia, y el sexo con los rebotes y roces de semen sobre las pieles, todo termina en un agotador espacio para los vómitos, las náuseas y enfrentarse ahora a sus padres, sola y sin Julián.

—Le diré a tus padres que nos casaremos. Me pondré a trabajar y todo arreglado. No te preocupes, cuidaré de ti.

Susana le miraba aquel rostro de ‘niñoquenosabepensar’; y se dejó conducir con los ojos bien abiertos, el vientre creciendo bajo sus manos, y la sonrisa quieta, detenida entre las comisuras de sus labios; tendrá dos chicos, uno en el regazo y otro entre las piernas; y tiene que esperar el momento de ternura que siempre llegaba bajo la regadera, en que ella a solas, podía hablar con el pequeño feto: Estaré para ti, prometió.

Sus padres que no la aceptan, los suegros están dispuestos a recibirla sin problema, y deciden ayudarla con la niña que ahora es una pequeña boca de sonrisas, acuerdan que Susana continúe estudiando a pesar de que Julián les había dicho que estudiando no se consigue nada en la frontera donde solo hay que ser inteligente para ganar dólares.

Los días han quedado en esa casa de los suegros; meses y meses de soledad. Julián diciendo: No puedo Susana, soy demasiado joven para amarrarme a una mujer y una hija. Susana que se dobla en el dolor de sentirse tonta por descubrir que no hay vuelta atrás. “Haz lo que quieras Julián”.

Fue el golpe del macho sobre la mesa.

Y la mujer ensenadense, y la mexicana, y la mujer en toda época y en todo tiempo, y todo sitio, mirando las estrellas para saber que los universos han crecido con ellas. La tierra sigue poblándose, y los gritos y los partos, los besos y los gemidos, los orgasmos quedan. Aquellos machos continuarán vagando en otros cuerpos, en otras heridas, en los silencios húmedos de cada pubis mientras la vitalidad está en aquellos senos que amamantan.

Susana camina por todos los terrenos y colinas de esta ciudad, entrena, se pone a punto para recorrer la península que le ofrece playa, atardeceres, cumbres, acantilados, nieve. Todo cae poco a poco en los ojos de Susana, y Susana sabe que en sus poco más de cuarenta años la vida ha sido buena; siempre ha sido buena con ella y sus pies que la transportan a nuevas memorias, porque las desgracias apenas son las pocas o muchas experiencias que le han formado el carácter. Ha cuidado a sus hijos. Ha dejado la casa de los padres de Julián. Ha crecido a su hija, a sus otros tres hijos. Y en medio de todo ese tiempo, se ha dado espacio para recibir a Julián cada que ha querido volver arrepentido, suplicando sus besos.

A ratos trota un poco, y sabe que las cosas que no necesita seguirán cayendo en cada recorrido mientras ella siga caminando y construyéndose. Los hombres son así, siempre vuelven si les dejas abiertas las puertas. Lo cierto es que carecen de importancia.



## **Inundándose en la madrugada**

Acompañé a mi novia a rentar la casa de la calle 84 que se volvió la dirección que poníamos luego en los cuadernillos de poesía que publicamos. Estos cuadernillos fueron los primeros del taller. Los alumnos querían que yo igual publicara con ellos, pero les dije que no. Yo ya había sido publicado por la editorial Dante y por la Universidad Autónoma de Yucatán. No iba a publicar ahora en un cuadernillo. Igual les sugerí que cada uno de ellos hiciera un texto de presentación para el cuadernillo de otro compañero. A mí me tocó escribir el texto para los de Patricia, cuento, y el de Ivi, poemas.

La casa de la calle 84 se volvió el sitio para los encuentros literarios, las charlas poéticas, el tallereo, la edición, la fiesta, y claro, para que mi novia y yo nos revolcáramos piel contra piel todo el tiempo que así lo deseáramos. Desde que la acompañé a rentar la casa, ella insistió en que la llevara a un cerrajero para que me sacara una copia de la llave. Así, yo podía ir y venir cuando

quisiera, aun cuando ella estuviera en Santa Cruz Pinto, donde trabajaba como instructora Conafe.

Cómo le enojaba que yo dispusiera de la casa para las fiestas de cada fin de semana, pues luego del taller yo decidía ir a la casa, no solo con ella, sino con varios de los integrantes a beber de lo lindo. Sobre todo, si nos tocaba salirnos de algún evento cultural.

La noche de Carolina, creo que se trató de alguna de las constantes premiaciones que le daban a mi novia por su trabajo poético. Había ganado ya varios concursos, y claro, los compas del taller literario, yo con ellos, teníamos que brindar de alegría.

Carolina decidió irse con nosotros. Podía ser —en edad— madre de mi novia, bueno, yo le llevaba diez años a mi chica, y Carolina tenía edad para ser incluso mi madre. Ivi, Carolina, yo, éramos los que más bebíamos. Paty siempre se cuidó con el alcohol, lo de ella eran las drogas duras, o —si no había más— pues algo de hierba, y el Ivi siempre andaba preparado porque él y Nelson eran más aficionados a la mota que al alcohol. Bonito grupo intelectual formábamos.

Así que, entre brindis y brindis, todos nos pusimos alrededor de Carolina quien nos contaba sus derroteros como dictaminadora para el Fondo Editorial Tie...: “He rechazado a un chingo de huevones y huevonas que creen que escribir prosa es hacer cuento. ¡Cuánto pendejo manda trabajos a la editorial! Yo solo me río, gano el dinero

que me pagan por la chamba, y me pongo hasta la madre, como debe de ser”. ¡Salud! decíamos a coro.

Cansado de todas las historias que se contaban sobre el monstruo irreal de la narrativa yucateca que era Carolina, decidí no dejar de preguntar por las leyendas que se contaban de ella. Mario González, cuando fue mi tutor suplente de novela, en el Fonca, porque Rafael se había puesto muy mal del cáncer, y no acudió a la última reunión que tuvimos en Veracruz, nos contó, a Luis Valdez y a mí, que Carolina todas las mañanas tomaba el desayuno en el Fondo de Cultura... con Alí Chum...

“Es la niña consentida de Alí”, contaba el bocón de Mario, y añadió: “Pero esta pinche vieja está bien loca —escupía el chisme—. Un día llegó para exigirle plata al viejo. El viejo se negó frente a mí. ‘Ya te dí’, le decía, pero Carolina se puso fúrica; le tiró la cerveza encima al pobre viejo. Lo hubieran visto. El gran maestro de poesía bañado en cerveza por la loca yucateca. Alí solo se sonreía divertido. ‘Así es ella, la conozco hace tanto. Ya vendrá a disculparse. Pero no puedo darle dinero ahorita; así como anda sería mejor ponerle una pistola en la cabeza y dispararle. Sólo quiere conseguir más’. Y el viejo se limpió el saco y la camisa.

Carolina volvió del baño y pidió otra cerveza. Cogió la mano derecha de Alí, y así, tomados de la mano, comieron juntos el desayuno. Yo no decía nada. Solo me la pasaba viéndolos. Ya tuve yo mi propio momento para ver

una de las escenas de Carolina, la gran narradora —seguía con sus chismes el buen Mario—. No sé qué broncas tenía con su tipo, el caso es que me habló temprano para que fuera a su departamento. Cuando llegué a verla, estaban los dos bañados en sangre. El pendejo tenía un corte en la nuca y Carolina cortados los dedos de la mano derecha. Le había puesto un botellazo al tipo, pero ahí estaban los dos esperándome”.

Esas fueron algunas de las historias que nos había contado Mario, en aquella cantina de mala muerte del centro del puerto de Veracruz. Yo ahora tenía a Carolina de frente, en vivo. La historia de Carolina que el tutor suplente del Fonca me contara debió ser suficiente para no hacerle más caso a esta mujer o, mejor dicho, para no picarle en el lomo a esta gárgola, y en cambio heme acá chupando con ella.

Nos bebimos dos cartones de caguamas y un litro de ron con agua mineral. Fumamos bastante mota. Mi novia estaba hasta la madre de cansada, harta de todos nosotros, pero siempre fue muy centrada con respecto a la fiesta. Jamás saca a nadie de su casa, aunque ella no beba hasta quedar hasta las chanclas, siempre permanece consciente. No fue mi caso.

Yo ya me había puesto muy borracho. Las historias de Carolina daban vueltas en mi cabeza. Ella había vuelto a Mérida huyendo, luego de que ayudó a su novio a violar a una chica de universidad. El tipo era un patansote que

la misma Carolina mantenía con el dinero que ganaba en la literatura. Decía que era músico. Pero solo creía servir para sacarles provecho a las mujeres, y Carolina se enteró de una de las mujeres que se enredó con él. Los vio juntos, bebiendo en una cantina, y se les sentó a la mesa. Los otros no supieron qué hacer.

Carolina estaba dispuesta a hacerles un escándalo brutal si aquella chica decidía levantarse para irse. ‘Quiero ver cómo te coge mi marido’, nos contó que le dijo a la chamaca. Y se fueron los tres al departamento. Carolina siempre ha podido con el alcohol, las drogas duras, las pastas, la coca, piedra, el cristal, los ácidos y los aceites, con todo lo que le provoque y para lo que le alcance. Se la llevaron al departamento, y cuando la chica ya parecía una muñeca de trapo por el alcohol y la droga, entre los dos la violaron. La dejaron ensangrentada y desmayada en una calle cercana a su casa. ‘Que la recoja el gobierno, o el departamento de limpia, pinche vieja’. Por supuesto que ellos resultaron los principales sospechosos; la chica no murió, pero se había librado una orden de aprehensión por intento de asesinato y violación tumultuaria.

Carolina reía con esa su risa bruja, de dientes podridos por la droga. Mi novia me vio ya incapaz de estar en pie, y me acompañó a la cama. “Ya. ¡Duérmete un rato ya! Le pedí que me la chupara un poco para relajarme, y ella presta se subió a la cama como una linda gatita obediente, pero yo estaba demasiado ebrio y me quedé dormido.

Entre sueños seguía oyendo las risas de la conversación. Patricia ya no estaba; a esa hora solo quedábamos Nelson, Ivi, mi novia, Carolina, y yo tirado en la cama.

Se había acabado todo lo que se bebía. Carolina insistió en dar su tanda, y salieron a comprar clandestino. Los escuché cuando volvieron. Venían alebrestados, hechos un escándalo. Carolina se había robado un macetero del jardín de una casa, e hizo que Nelson cargara con una virgen de guadalupe hecha de yeso; también habían pateado cuanta reja pudieron tan solo para molestar.

Carolina se acercó a la cama donde yo estaba durmiendo: ‘Vas a ver cabrón. Te voy a coger por el culo para que no seas pendejo. Tienes a esta chamaca como tonta soportando borrachos, y tú, todo dormidote en la cama. Ningún marica me invita a chupar y se queda dormido. Al que se duerme, hay que cogérselo, esa es la regla’. Y se metió entre mis piernas. Yo estaba durmiendo boca abajo, así que me tomó por las caderas y me jaló hacia ella. Se balanceaba golpeándome con la pelvis, las nalgas y los huevos. ‘Ya déjame, coño’, pero ella estuvo jode que jode hasta que me levanté.

‘Venga cabrón, venga a tomarse unos tragos con nosotros, que aún no amanece, y a usted ya se le quitó lo borracho’. Me acercó un vaso de plástico que contenía un líquido negro en su interior. Ron con coca cola, pensé; está bien, lo dulce me refrescará el hocico. Mi novia decía a modo de súplica, medio en serio medio en broma: No,

no sean así; no te lo tomes. ‘Tú no te metas. Él tiene que ser un hombre cumplidor, ándale, a chupar, ¡salud!’ gritó Carolina, y sin contestar me empiné el vaso y de dos tragos me lo bebí completo. ¡Putá madre!, casi me abre la garganta por lo fuerte del trago. ¡¿Qué mierda me diste, pinche pendeja?! Pero Carolina y los otros, incluida mi novia, ya estaban cagándose de la risa. ‘Te dije que me tocaba invitarte. Pero lo único que encontramos abierto era una farmacia. Beba otro y no sea puto’, yo no paraba de vomitar.



## **Las posibilidades de Alicia**

Desde el semen es de donde contaré esta historia. Porque solo desde su grumosa sensación entre los dedos es de dónde puedo hablarles de lo que ha sido Alicia. Por todas esas veces que he mirado sus muslos impregnados de semen, los vellos púbicos endurecidos como alambres mientras retozamos desnudos en la cama. Porque mi vanidad y mi soberbia eran mi mayor orgullo, hasta que conocí a Alicia y comenzó la debacle.

Alicia llegó a mi cuerpo, a mi almohada, a mi regadera, para meterse dentro de mi costillar y no querer salir. Y aquel ego que quería tanto divertirse, terminó por mirarse domesticado. Alicia la de los dos mil mensajes diarios al móvil, la que buscaba pertenecer a mi cuerpo, e inventaba nuevas formas para que mi semen terminara escurriendo en su garganta. Recostada en el sofá del departamento, mirando la televisión mientras espera que me bañe, cocinando huevos revueltos con ejotes para nuestros desayunos, pasados por boberías. Lenguas que no dejaban

de jugar una con otra como en la dualidad del colibrí y la campánula en flor. O aquel jardín que solíamos dibujarnos cada amanecer.

Hace ya tres años que esta historia no termina de cuajar en mi cabeza, porque me he empeñado en hablarles de mí, cuando debería hablarles del coño salvaje de esta mujer de pezones oscuros que tanto odio pudo despertar en mi cuerpo. Este odio por sentirme prisionero de su aroma, de su constante búsqueda. La soberbia no puede doblegarse, y saberse dueño de una mujer termina generando odio. Aquello que al principio era saberse necesitado, sentir que en la adulación de aquella hembra me fui convirtiendo en su dueño. Craso error. Ella quería ser considerada tan amante para que no tuviera nada que reclamarle. Y la tuve, era mía, mi posesión y mi esclava. Pero lo que debía hacerme sentir grandioso fue volviéndose un desesperante asedio, una enfermedad que necesitaba ser detenida. Intentaba hacerme a un lado, esconderme, decirle que se detuviera, que me diera espacio. Pero ella mantuvo firme su ideal de ser solo para mí, y de que yo fuera solo de ella. Alicia presa de la desesperación si yo no contestaba el móvil. La encontraba siguiéndome por toda la ciudad. Su caminar de gato por los techos de mi apartamento, su correrme a las mujeres que lograba levantar en los talleres literarios, o incluso perseguirme en las avenidas, carro contra carro. Mis manos en su cuello y su sonrisa que continuará ajándome el recuerdo.

Al inicio era ella ahí parada sobre el colchón, y yo besando la rosada vulva. Ella tocaba el techo con las uñas de las manos: No dobles las rodillas, le dije, toca el techo, agárrate, trata de permanecer con las piernas abiertas mientras mi lengua se mete entre los pliegues, y trata de no doblar las rodillas. A ver cuánto tiempo puedes aguantar.

La primera vez que la vi, estaba sentada en esa banca de cemento bajo el árbol de naranja agria en la puerta de la casa de sus padres. Luego trepada en mi carro rumbo al bar. Sonreía mientras yo intentaba descubrir cuál sería el mejor disfraz para esta cacería. Aquellos días habían regresado —me había vuelto a divorciar—, y era necesario pisar con decisión las calles de una ciudad que no tuvo agallas para devorarme. Mi tercera esposa se había alejado ya, dejando tras sí aquella estela de insultos y demandas; y que mejor que volver al juego, quitarme la domesticación del matrimonio, y sacar aquello de depredador con que tan bien me sentía.

—¿Un café te dije?, que sea mejor una jarra de cerveza— apenas la miraba con la quilla del ojo derecho mientras enfilaba el carro al bar más cercano.

—¿Solo una? —y supe que no sería presa fácil de la borrachera. Volvía a aferrarme a la soltería, esta vez dispuesto a no caer con las lagrimitas y los caprichitos de ninguna mujer. Un ‘pasa por mí a las diez’, era todo lo que necesitaba. Y las redes sociales, eran ese catálogo de mujeres en espera de alguna palabra que pudiera conseguir mirarlas en

la cuarta dimensión. Muchas se sentían ofendidas, y puedes irte al diablo, bloquearla y pasar al siguiente perfil, a la siguiente mujer de sonrisa de libélula y ojos de salamandra que se agitan dentro del paisaje. ¿Para qué sentirte despreciado si siempre habría alguna otra para anotarse una sonrisa?, y un Está bien, acá te dejo el número del móvil, es todo lo que se necesita.

Alicia no tuvo oportunidad. Algunos años habían transcurrido para volver a atreverme con ese imperioso mensaje de texto: ‘Soñé contigo, te escribo para saber si está todo bien’. Un mensaje que escribía como fórmula, y enviaba a un sin número de posibles oportunidades. Las redes sociales no son más que ese catálogo, y que nos quede claro. Me hacían recordar las comunas que se dedican a la producción de quesos que venden por toda la ciudad. Para evitar problemas de endogamia, cada determinado tiempo llega a la comuna El Catálogo con fotos de mujeres y hombres jóvenes en edad reproductiva, que viven en otras comunas de la región. Al lado de cada foto un pequeño párrafo biográfico expone las características y aptitudes de cada persona ofertada. El padre de familia al que llega El Catálogo escoge a la persona, mujer u hombre, con quien buscará emparentar a su hijo o hija. Eso son las redes sociales, una posibilidad para el ligue, una oferta para poder derramarse con el semen.

No era el único que asumía esas irresponsabilidades de la fácil conquista. Me reconocía un pobre individuo que

apenas utilizaba el uno por ciento de su encanto. Y así conocí a Alicia. Era una más de las mujeres a las que aquella tarde tuve la osadía de enviarles el mismo mensaje por conversación privada: ‘Soñé contigo, ¿está todo bien?’. Fueron alrededor de quince chicas, quizá más, no me atrevo a recordarlo. Los mensajes personales permiten escoger bien las palabras, y a las chicas que pueden ser recipiendarias. Envías el primer mensaje, lo copias, y vas mandándolo a todas las demás: Antiguas amantes, chicas que parezcan agradables, ex novias de compañeros de la juventud, mujeres con alguna foto de perfil en que dejen claro su deseo de ser admiradas; la vanidad en cada pequeña mueca; la mirada que planea hacia los confines de la nube de datos. Mujeres enteras sin importar edades. Las posibilidades de Alicia fueron, y son enormes. Debí darme cuenta a tiempo. Si no resultaba atractiva del todo, no había problema, igual sólo me la pensaba coger y dejar de verla.

Pero Alicia me esperaba como una gata de garras traslúcidas, agazapada en la memoria, dispuesta a devorarme. Si la luz mercurial de la calle donde la vi por vez primera no hubiera estado parpadeando. Quizá la oscuridad o la luminosidad intermitente de la calle fueran motivo suficiente para que esos muslos alargados, esos zapatos azules de tacones de siete centímetros se hicieran necesarios para mí, para esconderme nuevamente en el féretro del deseo y después huir. La neblina de la lujuria fue más rápida y cegó la razón. Alicia estaba rebosante de intenciones, y su aura

era una tonalidad azul que quemaba con solo verla. Cuando me miró se levantó de la banca de cemento, y yo metí un frenón al volcho que venía manejando. Ella soltó esa pequeña sonrisa que fue a estamparse sobre el parabrisas.

—Que bueno que llegaste —se montó en el asiento del copiloto.

A pesar de mi fingida experiencia como Casanova, siempre fui un imbécil para aquello de las citas; creo que soy mejor creando las atmósferas, porque siempre arruino todo con comentarios estúpidos, y mi incapacidad social para saber de qué coños hablar con una mujer.

—No sé cómo salir de este barrio —alcancé a decir, cuando quizá pude hablarle de su hermoso cabello negro que le caía lacio hasta las nalgas, o de sus larguísimas piernas y los tacones que ya tenía ganas de tener sobre mi pecho, o colgados detrás de mi nuca. Por favor desnúdate, pero no te quites los tacones.

Mi tercer matrimonio no pudo terminar de mejor manera. Todo fue un Vete, y un Adiós, suficiente para dos personas que se habían equivocado de principio a fin, que no tuvieron tiempo para pasar por los errores cotidianos de condolerse el uno del otro; ni para decir Ya no te quiero, o Por mí puedes irte a la chingada. En menos de dos años nos habíamos aburrido de ser felices. El amor se fue gastando como aquel tapete, con la palabra Bienvenidos, tantas veces pisoteado. Hubo gritos, y ruidos nocturnos, y alguna vez (o varias) tuvo que venir la policía a golpearnos

la puerta en medio del escándalo. Aquello que empezara con Tus uñas en mi rostro, Mis manos en tu cuello, siempre concluía con una bien armada felación, el chorrear de su vagina y mi bigote enredado en los rizos de su sexo. Cuando gritaban: ¡Abran esta puerta! Ella se sacaba el miembro desde bien adentro, fruncía la boca, y metida dentro de alguna camisa mía, a veces raída por la lucha previa, se acercaba hasta la entrada.

—¿Qué pasa?

—¿Está usted bien, señora? —los vecinos llamaron alarmados, porque algo terrible le estaba ocurriendo—. Puede usted abrir para cerciorarnos que todo marcha bien —mi ex esposa se asomaba apenas (impregnada de ese lubricante olor que antecedió a la eyaculación)—. Todo está bien, oficial. No se preocupe.

—¿Puede usted llamar a su esposo? Son cosas de rutina, usted comprende.

Y yo tenía que meterme en el pantalón de mezclilla para continuar con la comedia de la pareja feliz. Se lo conté a Alicia, y nos reíamos con ganas.

Para esa separación lo terrible vino después. Cuando mi exesposa ya no quería coger conmigo, o peor, cuando le contaron que yo había vuelto a las andadas de perseguir mujeres. Comenzaron a llegar los citatorios, las solicitudes del juzgado para dividir los bienes. Y me fui quedando sin nada. Es a través del divorcio, abandonado como una hoja amarillenta en los cajones del escritorio, que me

acerqué a casa de esta nueva mujer, que pasea sus largas piernas, su delgado cuerpo enfundado en ese vestido negro de tirantes, que se ha subido a mi carro. Paladeaba sus palabras, pensando detenerme en el movimiento de sus labios. Alicia junto a mí en el vocho, y yo intentando dejar atrás las memorias para poder meterme a la conversación. Apenas tenía respiración para enfrentar la punta de lengua que asoma por sus labios, subía y bajaba afuera de su boca, como un dragón que sale de la cueva, temeroso de aprender a volar. La boca de Alicia, aquella su lengua perseguida por mis ojos:

—Y si en vez de un café, vamos por una jarra de cerveza.

—¿Sólo una? —dijo sin sonreír. Sus ojos se mantenían sobre la calle, y no quise darme cuenta de su negra profundidad, como si caminar hacia el pantano fuera algo necesario en mi vida, luego del naufragio. Nos bebimos tres jarras, platicamos y reímos tanto. Apenas la rocé para sentir su hermoso salivar entre mis dientes. Le tomé apenas la cintura, y ella me untó el muslo derecho sobre los genitales. Eché atrás la cadera, pensando en evitar que sintiera mi erección y ella bajó la mano rápida, para atraparla. Ha sido buena la noche, dijo, y se metió de nuevo a mi boca. Cómo ser el mismo tras esos besos, tras esa lengua que desde entonces se arrastró por mi cuerpo como una cobra. Entre la cerveza que se me subía a los ojos, y el calor que giraba por mi sangre, comenzó el infierno.

Alicia y sus actitudes de hembra poderosa, de reina del porno, de diosa sexual que se metía a mi cuerpo, a mis ojos y mis pulmones; que se metía mis huevos a la boca y los ensalivaba protegiéndome de aquel mal que algunos llaman amor y nosotros habíamos nombrado posesión sexual, pornografía. Ella me pertenecía y habitaba dentro de mi alma. Y mirando las largas piernas de Alicia, apuntando la lengua dentro de su coño, tuve que reconocerlo, que de blanco nos hemos cubierto tantas veces el cuerpo con este lustroso semen mío. En su boca tan llena de mi semen, y las palabras de siempre: Trágalo, nena, trágatelo todo. Alicia tocaba el techo, parada en el colchón de la cama, y el reto era que no doblara las piernas mientras yo le chupaba el clítoris y la hacía correrse.

Mi exesposa siempre dijo que yo era un hombre poderoso, pero ninguno de los dos éramos felices, y no fue el sexo lo fatídico de nuestra relación. Cuando me volví a ver solo, decidí recuperarme y encender de nueva cuenta mis espacios para la cacería. Las mujeres las llevo metidas dentro de cada espacio de mi ser, y siempre voy a querer e incluso necesitar que permanezcan ahí. Pero a la primera salida, me topé con el cuerpo de Alicia, con sus dedos, sus ojos, y su culo que sabía bien arrancarme el semen.

Alicia supo entregarse y contenerse con esa rítmica forma que tiene toda experta, y en esa primera salida, ella parada en el colchón, yo metiendo el rostro entre sus muslos sentí en la punta de la lengua la gota que preludeaba el

diluvio de su orgasmo. Sus jugos cayeron sobre mí, bañándome como un cordero, y entonces al fin dobló las piernas y cayó sobre mi rostro; giró sobre su culo y buscó mi pene para metérselo a la boca, y comenzó a chuparme de tal forma que arrancó de mi interior, toda aquella semilla que llevaba meses guardando en los testículos. Me voy a acostumbrar a esto. Tienes que entenderlo, dijo, y me supe perdido. Mis días ya no pueden conducirse sin Alicia dentro de mi cuerpo. El tiempo se volvió un maldito remolino, que no deja de girar.

Alicia se quedó con todo: la casa, mis libros, mi dinero y mi cuerpo. Era yo su pertenencia, su objeto, su cachorro, su posesión. Y sé que debí salir huyendo, alejándome para siempre de aquella mi vida de persona decidida, pero no; quien escapa de una mujer que quiere verte todos los días, que quiere dejar que la penetres en la forma que a ti se te ocurra. Todo ha sido poder sobrevivir entre sus muslos. Los días solo fueron el sexo, hasta convertir mis fantasías en realidad como la vez que llegó a casa con su prima Alejandra, y me enseñó aquello de poder poseer a dos mujeres al mismo tiempo: “Nadie te va a consentir como yo, y aun así pretendes que me vaya, ¿en verdad quieres dejarme?”.

Envejecimos en el deseo, la lujuria bajó su adrenalina, y Alicia poco a poco comenzó a quitármelo todo. Como la reina del porno en que la fui elevando, fui cediendo ante ella; o es que ella fue tomando las decisiones sobre nuestra relación y sobre mi vida. Yo le hubiera dado

hasta la tumba de mis padres, si hubiera tenido algo parecido. Porque los días fueron desapareciendo de a poco, de a mucho, y mi hogar se volvió mi pequeña prisión para los besos de Alicia.

Tres cosas ocurrían cuando estaba en casa: cogíamos, dormíamos y cocinaba algo delicioso para que yo comiera. Y fue justo cuando quise salir a la calle, sin ella, cuando me di cuenta de que tal cosa no iba a suceder ya más. Las salidas eran con ella y del brazo, y si yo insistía. Alicia se paraba frente de la puerta, comenzaba alguna danza erótica, se ponía de rodillas, y comenzaba a chuparme de forma tan furiosa, que perdía toda la fuerza para querer quitarla de mi camino. En alguna ocasión quise ser violento, pero a pesar de las cachetadas, de los empujones, Alicia se lanzaba sobre mí, sin importar si estábamos a solas, o a media calle. Yo tenía siempre todas las de perder. “No te dejaré ir sin mí, entiéndelo”.

No supe ni en qué momento las cosas fueron cambiando, para volverme su prisionero. Dejé de trabajar, y era Alicia quien se hacía cargo de todo. Pero qué cosa puede necesitar un semental más que comida y sexo. Ella lo sabía. Me alimentaba y me daba el sexo que yo necesitaba. Aquella vez que llegó a casa con su prima Alejandra, supe que lo único que yo necesitaba era tenerla cerca de mí, estar para ella. “Qué otra cosa quieres, qué necesitas más que a mí, no hay nada que necesites”.

—Quiero salir, estar solo alguna vez —pero Alicia se reía con ternura, me ofrecía uno de sus negros pezones, para que yo mordisqueara, como si se tratara de consentir a un crío. Y era justo de esa manera como me trataba.

—Tienes las redes sociales, el internet para que veamos pelis, abrazados; controla y decide lo que veremos; será lo que tú quieras. Yo siempre te cocino, arreglo la casa, te cuido, te visto, te baño, te cojo y puedo brindarte cualquier fantasía sexual que necesites. Incluso te traje a mi prima, diez años menor, para que te la cojas, mientras yo filmaba. ¿Dónde encontrarás una mujer como yo?

Alicia tenía razón; no tenía que esforzarme y lo tenía todo. Leía y podía escribir si así se me daba la gana. Incluso me ayudó a conseguir impartir alguna conferencia virtual para seguir en contacto con mis lectores. Pero aquella libertad que yo tenía era solo un recuerdo. A la semana de nuestra primera cita, de haberla encontrado sentada bajo ese árbol de naranja agria, Alicia se metió a mi casa.

Cuando llegué y la vi adentro, me había cocinado pasta, y estaba vestida solo con un delantal. Yo volvía de un taller literario. Y Alicia me dijo que le pidió a un cerrajero ayuda para entrar. La madrugada que me amarró a la cama, y que me dejó amarrado toda la mañana, entendí que había cambiado las chapas, y ahora yo ya no tenía llaves de mi propia casa, sino que ella tenía el control. La felicidad había mutado. ¿Podría envenenarte si quisiera,

te das cuenta?, me preguntó. Solo quiero que me quieras, que entiendas que nada me va a alejar de ti.

Y vi que no había escapatoria cuando me la topé carro contra carro; me alcanzó e hizo que me estacionara, y bajó a golpes a aquella alumna que yo había convencido para que me acompañara al hotel. No pudimos llegar. Nos propuso un trío, lo hizo mientras lloraba y acusaba a la mujer y a mí. La chica no aceptó, y entonces Alicia la bajó del carro, tomándola del cabello, la tiró al piso y comenzó a patearla. Cuando quise intervenir, sacó un cuchillo y me dijo que volviera al carro. No tuve más opción que obedecerla; me reconozco como un cobarde.

La dejó tirada, y se subió al auto. Tuve que manejar a casa, con la punta del cuchillo asentado en mis pelotas. Alicia seguía llorando y me pedía perdón, pero era yo el que estaba asustado. Entramos a la casa y me lanzó a la cama. Comenzó a besarme y yo le decía que me dejara en paz, que no diría nada de lo ocurrido, pero tenía que irse. Me ató a la cama. Se desnudó, y se metió a mi cuerpo. Me cogió como nunca, llenándome de sus líquidos, sus mocos y sus lágrimas. No quiso soltarme ni aunque en la madrugada suplicara Tengo frío. Me lanzó una colcha encima, y se abrazó a mi cuerpo. “Así debemos estar siempre. Soy tu mujer, y haré todo por ti. No volverás a trabajar. Voy a mantenerte, pero las cosas serán como yo diga”.

Mis días de lobo solitario son memoria vieja. Alicia cambió mis contraseñas y mis redes sociales se volvieron

una extensión de su cuerpo. Alicia es tu esclava, Alicia es tu dueña, Alicia te ama, Alicia te cuida, Alicia está cerca de ti, Alicia es el portal para que alguien te visite. Soy un refugiado entre sus piernas, y aquellas amigas, aquellas mujeres de lo que llamaba El Catálogo se alejaron, dejaron de hablarme, visitarme, dejaron de saber de mí; lo mismo los amigos y la familia. Siempre fui solitario, así que no les preocupó no verme más. Si intentaba algo para escapar sabía que Alicia me cortaría los huevos, no pensaba matarme; sino dejarme inservible para otra mujer que no fuera ella. Sin huevos te seguiré queriendo. Alicia que lo puede todo, que ha crecido dentro de mi cuerpo y la memoria y la respiración...

“Aún tengo hambre de ti; apágalo todo y quítate la ropa”. No queda más que obedecer.

## Todo de blanco

Cuando mi novia llamó para decir: ¡Estoy embarazada!, mi corta vida de 19 años cruzó aleteando por mi cabeza y en el eco que retumbó en la mente reconocí el reclamo: pero ¡qué tonto he sido! Luego de colgar, paralizado junto al teléfono, con el cable enredado entre los dedos, decidí llamar a Tomás, mi jefe de acólitos en la Capilla de...; él me había invitado múltiples ocasiones a formar parte del Colegio de Árbitros de la Universidad, y yo me había negado a trabajar a su lado, bajo el pretexto de estar dedicado a mis estudios. ¿Y ese cambio?, me preguntó socarrón, porque suponía —tuvo que recordármelo— que yo era alguien de ideas fijas, ideales que no solían romperse, y que estudiar una carrera con dedicación significa no tener tiempo para nada más. Tuve que explicarle de la hiperactividad que me tenía dividido entre el grupo de acólitos, donde coordinaba a los más pequeños, el grupo de jóvenes de la capilla, y que, por las tardes, del miércoles al viernes, asistía al Centro Cultural del Niño... donde era parte de un grupo de teatro

con un espectáculo callejero, aprovechando que el centro de la ciudad todos los domingos bullía en representaciones artísticas. Tuve que decirle que en ese grupo la había conocido, me llevaba seis años e intenté no involucrarme diciéndole incluso que no me sentía atraído, pero al final no pude eludir los olores que su piel y su cabello imprimían en mi nascente hombría. Yo era todavía virgen, al igual que ella. “Pero qué tonto. Y eso que estudias para biólogo”, soporté su sermón de coordinador espiritual, de hombre soltero pasados los 45 años, de trabajador incansable “Yo también soy hiperactivo, además de la oficina coordino el grupo en la capilla, y dirijo a todo un cuerpo de árbitros, todos los días hay juegos, y jamás he embarazado a nadie. Te paso a buscar a las nueve. Hoy tenemos reunión”.

El empleo era sencillo, los sábados como el de esa mañana, se reunían en los salones del edificio central de la Universidad, detrás de las canchas. Entre semana por las tardes, y sábados y domingos durante todo el día se realizaban los encuentros que en ocasiones se hacían largos set a set. Adiós a todas mis actividades ajenas a la universidad. Apenas me quedaría tiempo para las tareas escolares.

Un juego de volibol necesita dos árbitros en la red, dos jueces de línea, y al menos un apuntador en la mesa. Durante la temporada regular, en cualquiera de las ligas que se atendían, era suficiente un cuerpo arbitral de tres para la red y las anotaciones. De acuerdo con la posición que te tocara cubrir era el dinero que recibías. Rápido hice

operaciones aritméticas de cuántos partidos necesitaba arbitrar para que me alcanzara a mantener al hijo que venía. Si arbitro seis juegos a la semana, más “los findes”, tal vez lo logre. Cálculos estúpidos con los que aún suponía poder seguir con mis estudios. “Viviremos juntos si tus padres te corren de la casa, pero no seremos pareja, que te quede claro; solo te ayudaré con el niño”; me porté renuente porque no estaba enamorado; ella fue quien insistió, yo era joven, con un futuro por delante. “Eres mayor que yo, debiste evitar que esto nos pasara”. Ella en respuesta me tía la cabeza dentro del hueco de mi pecho.

En las reuniones de los sábados nos enseñaron las reglas: cómo marcar desde cualquiera de las posiciones, a llenar las cédulas de los partidos, no discutir con los jugadores, mucho menos con los que los entrenan, a quienes en ocasiones pareciera como si su puesto dependiera de gritarle al cuerpo arbitral. Me encantaba formar parte de este grupo. Pero como en todo, tenía que escalar. Los jueces principales, los más antiguos de la cofradía, conocían mejor las reglas, eran los que más ganaban pues cubrían más encuentros, y sostenían amistad con muchos de aquellos deportistas.

A las tres semanas me di cuenta de que era una tontería; jamás lograría el recurso necesario para lo que tenía que enfrentar, me llevaría tiempo volverme árbitro principal. Pero, asistir todas las tardes a las competencias me mantendría lejos de mi novia, y como el fin de semana

luego de los partidos playeros nos pagaban, pues decidí dedicarme por completo, y reducir mis tiempos para preocuparme por algo más. Lo cierto fue que me quedé en el cuerpo de árbitros de volibol por las jugadoras y sus diminutos uniformes, ajustados pantaloncillos cortos, los muslos poderosos, las pantorrillas apretando mi deseo. Desde que mi novia me dijo que tendríamos un crío, yo hacía lo imposible para no verla, el trabajo y la universidad eran el pretexto suficiente para ni siquiera contestar el teléfono. Haber perdido la virginidad dentro de su cuerpo hizo que mi mente viajara embelesada sobre la fresca sonrisa que cualquier chica me lanzara. No podía evitarlo. Me sentía encandilado de la poderosa juventud que se cruzaba por mis ojos, incluso sus gritos, sus gestos eran algo que mantenía mi interés. No había tiempo para pensar en novias o en hijo alguno.

Llegó el verano y nos tocó arbitrar partidos del volibol playero. ¿A qué negarlo? Quedé encantado con el número de jovencitas atléticas que tenía ocasión de ver jugar, sudar, gritar, vencerse e insultarse unas a otras, en esas sanas competencias en las que sus ideales bullían de manera efervescente. Por las tardes-noches en el Club Bancarios, los fines de semana en las canchas del Edificio Central de la universidad, o en la playa, los partidos femeniles eran los que más disfruté. La mayoría de los viernes había fiesta en casa de los jugadores, organizada por algún entrenador, o se celebraba el cumpleaños de algún compañero del

grupo arbitral. Ahí me sentía libre de toda culpa, de todo yugo, porque en eso se había convertido la futura madre de mi hijo. No me importaba quién salía ganador en los encuentros. No tenía idea de qué equipos eran los “más duros”, o los que podían alcanzar las finales. Me valían los entrenadores y sus enojos. Mi único interés era, desde mi posición de árbitro de línea, regodearme en esas diosas atléticas, en sus evoluciones, saltos, brincos, verlas lanzarse al suelo por una pelota, pasar cerca de mí y mancharme el rostro con sus gotas de sudor. Y entonces, un sábado, durante la capacitación llegó el anuncio: Nuestra ciudad sería sede del Nacional Femenil Universitario. Todas las mujeres que había visto en la vida pasaron por mi mente gritando: “¿Te gusto? ¿Te gustamos?”. ¡Estoy embarazada!, era la atadura, el grillete que me traía a la realidad de joven universitario en cuarto semestre de licenciatura, con una chamba mediocre que no le alcanzaba para pagar una maldita renta. Mientras todos bullían en el festejo con los ojos centelleantes por las posibilidades, yo odiaba cada día más mi mala suerte.

El Colegio de Árbitros no se iba a arriesgar al ridículo, por eso solo arbitrarían los que ya tuvieran experiencia probada. Los más recientes, como yo, a lo más que aspiraríamos sería a ser líneas, pero eso sí, necesitaban de nosotros para hacer ágiles los partidos. Todos fungiríamos como recoge balones, teníamos que ser rápidos para que siempre hubiera una pelota y mantener el juego activo.

De nuestra agilidad dependía el que los entrenadores y sus asistentes tuvieran menos tiempo para el reclamo de cualquier jugada. “Vienen puros entrenadores acostumbrados a la presión”, había dicho Tomás, “tenemos que estar a la altura, no habrá tiempo que perder”.

Yo llegaba desde temprano a cumplir con mi encargo dentro del torneo. Disfruté el mayor número de partidos que pude. Era verano, y le dije a mi novia que no desesperara, en casi tres meses de embarazo solo la había visto una vez, y me había negado a tener sexo con ella. El evento ocuparía mi tiempo por completo. Lo cierto era que mi libido se mantenía exacerbado por las mujeres de Chihuahua, Jalisco, Michoacán, de las bellezas de Guerrero, de Oaxaca, mi erotismo soñaba con el cuerpo desnudo de las diosas de 1.70 m de la Ciudad de México o de Tamaulipas. Mi corazón latía acelerado, y no podía evitar esa sonrisa idiota del niño goloso suelto en una pastelería. Hasta que llegó un juego crucial en las semifinales.

Me tocó participar como recoge balones. El graderío del gimnasio repleto. Aullaban las porras de cada uno de los equipos, vitoreando por sus heroínas; teníamos que hablar alto porque la escandalera era ensordecedora. Afuera llovía a cántaros sobre los techos de lámina, lo que crecía el ruido en el ambiente. Ciertos charcos aún perlaban las duelas, pues los encargados del Club solo habían secado donde serían los partidos, pero no sacaron el agua en otras zonas. Como he dicho, no tenía mayor interés sobre

quiénes eran los equipos que lucharían por derrotarse, solo me maravillaba con el cuerpo de las chicas. Hembras de piernas largas, cuyos muslos impelían al mordisco, nalgas imponentes; seguro de que ninguna de ellas pasaba de los 22 años.

Hubo un remate que hizo al balón picar cerca de la raya, en mi zona. Si fue punto o no, no lo recuerdo, no vi lo que marcó el árbitro de línea; “hay que ser ágiles”, recordé la instrucción, y apenas botó el barón corrí tras él sin lanzar a la cancha la bola que sostenía en las manos. Todo fue instantáneo, al estar a punto de alcanzar la pelota resbalé en el charco que había en la duela, y caí de espaldas sin lograr meter las manos, pues sostenía aún aquella esfera; quedé sembrado de espaldas dentro del agua, con mi uniforme totalmente blanco y salpiqué todo alrededor. El silencio fue total y habrá durado dos o tres segundos en el que supe que todas las miradas se posaron sobre mis espaldas. Dejé de escuchar la lluvia, porque las personas que veían la semifinal, —¿ya dije que las gradas parecían reventar de llenas?—, soltaron la carcajada al unísono al verme levantar totalmente empapado, y aquel sonido viajó en línea recta para retumbar en mis orejas, la nuca, los pedazos de mi carne, como miles de golpes, o bofetadas que reiteradamente iban hundiéndome en la duela.

Lancé la pelota a la cancha, como debí haber hecho antes de correr, pero no pudo cazarla porque tenía las manos en las rodillas riéndose de mí. Tomás, mi amigo que

era el árbitro principal, empezó a sonar su silbato, alguien tenía que parar la escandalera, el pitorreo, la mofa, el griterío y la sorna que se lanzaban fúricos sobre mi tropiezo; los múltiples pitidos se extendieron en un vano intento de acallar las burlas que se prologaban e iban golpeándome el rostro, las espaldas, las orejas, los muslos, la nuca, como si todos los presentes se hubieran formado en línea dejando un pasillo entre sí por donde yo era conducido con lentitud y cada risa era un empujón que me hacía rebotar de una mujer a otra, que a su vez me empujaba aventándome de vuelta, agrediéndome, metiéndome el pie, escupiéndome en el rostro: ¡Tonto!, ¡Imbécil! ¡Estúpido! ¡Ridículo! ¡Farsante! ¡Creído!; tenía miedo de levantar la mirada; y cuando lo hice pude ver el rostro de todas las jóvenes reír y reírse de mí sin poder contenerse.

La ocarina de Tomás exigía respeto mientras yo caminaba hacia mi sitio para continuar, con una aparente dignidad bajo mi uniforme, antes todo de blanco, ahora hecho una mancha gris, con el agua escurriendo entre las nalgas; miré con vergüenza hacia el árbitro central, que también sonreía, no sé si de mí o conmigo intentando una complicidad que tal vez imaginó me era necesaria. Uno de mis compañeros vino hasta mí. Pero lo retiré con la mirada. El silencio poco a poco volvió. Tomás había logrado controlar al público. Le tocaba hacer el saque a la chica más cercana a mi posición y reanudar el juego. Levantó la pelota con la mano izquierda, y cuando hizo el movimiento

con la mano derecha para golpearla, me miró, la cachó de vuelta y volvió a reírse de mí, con una risotada contagiosa que hizo que la multitud de aficionados, las jugadoras en cancha y aún las de la banca se carcajearan de nuevo; muchas de las chicas, ya de manera incontenible, gritaban su risa apuntándome, mientras se acariciaban el estómago.

Tomás tuvo que detener de nuevo el juego, sonaba y sonaba el silbato llamando al orden. Uno de mis compañeros volvió esta vez con una toalla, me la tiró encima de los hombros y me sacó de ahí. Las puertas del gimnasio se cerraron a mis espaldas, y solo así dejé de escuchar las carcajadas.

Apenas había llegado a los vestidores del Club Bancarios para quitarme la ropa de árbitro, cuando mi novia, a quien no había visto en todos esos días, me llamó llorosa para contarme que lo había perdido. Sollozaba y su voz me sacó de la miseria que estaba viviendo. Se había lanzado el fin de semana con sus hermanos a la feria de la ciudad, y esa misma noche mientras dormía, el dolor la despertó para mirarse sentada en un charco de sangre. Estuvo hospitalizada el resto de esa noche del sábado, pues le hicieron un legrado. El domingo la pasó en cama, y no fue sino hasta el martes, cuando ya se sentía con un poco de deseos de hablar, que decidió marcarme:

—¿¡Entonces, estás bien!?

—Sí. ¡Ven a verme, por favor! ¡Quiero que me abracés!

Colgué el teléfono sin responder. Me quedé sin camisa, sentado en el banco, dentro de mis húmedos bóxers en medio de los vestidores, bajo la tenue luz que entraba por la alta ventana. El silencio al fin se hizo en mis oídos. No fui a verla ese día, y decidí no volver a verla, jamás. ¡Ya no sería padre a los 19 años! Jamás volvería al Colegio de Árbitros de volibol. ¡Ahora tendría una nueva oportunidad!

## Índice

L'érotique Décadence. <i>Prólogo</i> .....	15
Morirse de a poquito .....	19
La conversación .....	31
La hija de mi jefa .....	41
Abandonar la prepa .....	47
Como la neblina .....	59
Perderse en Acapulco .....	65
Baja 1000 Baja 500 .....	83
Tríptico de ojos .....	89
Los senderos de Ensenada .....	103
Inundándose en la madrugada .....	111
Las posibilidades de Alicia .....	119
Todo de blanco .....	133



*Tutlefer / Lerotic*  
Adán Echeverría

Este libro se terminó de imprimir  
el 30 noviembre de 2020,  
se utilizó tipo de letra de la familia  
Adobe Caslon Pro en 12 y 14 puntos.  
Se imprimió en papel cultural.  
Su tiraje fue de 800 ejemplares.



Los relatos que componen este oxímoron literario rayan entre lo anecdótico personal y la narrativa universal del personaje que todo lo ve y todo lo vive desde los sentidos hiper estimulados del narrador. Y no se malentienda, la palabra oxímoron empleada para definir esta colección de textos de Adán Echeverría no es para señalar una contradicción accidental, sino una calculada fórmula narrativa: lo coloquial se toca con lo exquisito y, juntos, logran un magnífico vals que se ejecuta con la ropa de diario, la del profesor, la del becario, la del artista; pero jamás la del acartonado Don Juan con corbata de moño y camisa almidonada.

Adán nos muestra una ventana a un mundo cliché desde una nueva perspectiva, la suya. El mundo del escritor que del otro lado del teclado es un ser humano. El mundo del becario que paga los ritos de pasaje por pertenecer. El mundo del profesor que “padece” las desventajas del oficio. Adán es todo eso: escritor, pareja, profesor, artista, hijo, padre... todo aquello que nutre la experiencia y permite dejar constancia de haber vivido.

Elizabeth Algrávez



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

**Tam**  
GOBIERNO DEL ESTADO

**CULTURA Tam**